

# ELEMENTOS DE LINGÜÍSTICA Y SEMIÓTICA

Prof. Carlos Reynoso  
[carlosreynoso@filo.uba.ar](mailto:carlosreynoso@filo.uba.ar)  
2007

## II

### 2. Fonología y lingüística funcional.

Nociones de fonética. La escuela de Praga y la fonología. Las bases lingüísticas del análisis estructural. Aplicaciones y reformulaciones del análisis estructural en antropología. Extensiones transdisciplinarias: modelo lingüístico y código genético; adquisición del lenguaje y afasia. Estudios fonológicos del simbolismo sonoro y la glosolalia.

#### Nociones de fonética

Ya habrán oído decir que la lingüística estructuralista, desde el punto de vista metodológico, se basa principalmente en el estudio de la fonología (o del sistema fonológico de una lengua), estudio a partir del cual quedaron establecidos modelos aptos para analizar otros aspectos, tanto de lenguaje como de la cultura. Habría que poner en claro antes que nada qué es el sistema fonológico y en qué se distingue un estudio de dicho sistema de un análisis fonético. Una de las primeras nociones que aprende un lingüista es que fonética y fonología son dos conceptos distintos, aunque relacionados, y que ni una ni otra tienen que ver con "letras" de la escritura, sino, en todo caso, con los sonidos del lenguaje hablado<sup>1</sup>.

Para poder apreciar en qué se diferencia la fonética de la fonología utilizaremos una analogía, más que una definición. La diferencia que media entre la fonética y la fonología es la misma que media entre la descripción de una realidad empírica y el análisis de un sistema o de una estructura. Esto quiere decir que la fonética sería un estudio descriptivo de una serie de fenómenos sumamente variados, una descripción lo más fiel posible de todos los matices de la realidad sonora del lenguaje, mientras que la fonología sería el análisis de la estructura subyacente a todos esos fenómenos.

Vamos a ver que esta diferencia que estoy trazando ahora entre la fonética y la fonología, a otro nivel de análisis, también es en cierto modo paralela a la diferencia entre una estrategia empirista y una estrategia racionalista. Se me ocurre que este paralelismo va a quedar más claro cuando estudiemos concretamente en qué difieren un análisis fonético y un análisis fonológico. Pero es absolu-

---

<sup>1</sup> Advertimos, sin embargo, que Saussure utiliza el concepto "fonología" para referirse a lo que hoy en día llamaríamos más bien "fonética"; pero esta es una excepción.

tamente esencial estar atentos a esta diferencia si se quiere comprender, aunque sea un poco, qué es el estructuralismo.

Se ha dicho que la fonética es una rama de la lingüística que se ocupa de los sonidos del lenguaje, o bien, según quieren algunos, una ciencia aparte, que no necesariamente tiene que ver con una teoría o con un marco general lingüístico. Hay gente que se ocupa exclusivamente de analizar los sonidos del lenguaje y que no sabe una palabra de sintaxis o de semántica. Esta gente, los fonetistas, simplemente analiza, clasifica o estudia los sonidos de distintas lenguas.

Si lo pensamos bien, este análisis se puede realizar de dos maneras. La primera es estudiando cómo se producen estos sonidos y la segunda, naturalmente, analizando como se perciben. En términos de la teoría de la comunicación, que después vamos a abordar más detenidamente, podríamos decir que se puede estudiar la fonética tanto desde el punto de vista del emisor como desde el punto de vista del receptor.

Desde el punto de vista del emisor vamos a tener lo que se ha dado en llamar una fonética *articulatoria*; desde el punto de vista del receptor, una fonética *acústica*. Incluso podríamos llegar a decir que estas dos formas de estudiar los sonidos del lenguaje se derivaron en otras tantas tendencias hasta cierto punto antagónicas. Es decir, hay fonetistas que insisten en que la producción de los sonidos del lenguaje tiene que estudiarse desde un punto de vista articulatorio y otros dicen que se tiene que estudiar acústicamente, tal como se perciben.

En general, los fonetistas acústicos aducen que ellos tienen métodos de análisis muchísimo más finos, más elaborados, por ejemplo espectrogramas, análisis osciloscópicos, que involucran una serie de aparatos que analizan todas las ondas sonoras y las descomponen en todos sus componentes, permitiendo establecer una serie de relaciones. De todas maneras, la fonética articulatoria también cuenta con sus aparatos (sistemas radiográficos, etc) que analizan puntualmente las posiciones de la lengua, de los dientes, de la glotis, y de todos los órganos y cavidades que intervienen en la fonación.

Lo que aquí veremos de fonética sólo pretende establecer familiaridad con cierta terminología; no es para que lo aprendan de memoria, ya que en general los detalles de la fonación no forman parte de las preguntas de examen. El objetivo es de introducir una serie de conceptos que rompen con la tendencia que comúnmente se tiene a identificar los sonidos del lenguaje con las letras. La gente habla, por ejemplo, de la pronunciación de la letra 'f', lo cual es incorrecto: la pronunciación pertenece al nivel de la articulación del lenguaje, y las letras pertenecen al nivel de la escritura. El lenguaje es anterior en todo concepto a la escritura: no pronunciamos letras, sino que más bien son las letras las que se usan para notar sonidos. Cuando confundimos ambas cosas estamos mezclando dos nociones que tienen muy poco que ver, y que son el objeto de dos ciencias distintas: la fonética por un lado y la gramatología por el otro.

En fonética, nosotros vamos a hablar no de "letras" sino de *fonos* o sonidos. Esto implica que, como la lingüística no se ocupa en general de la escritura, de ahora en adelante las letras quedan excluidas de toda consideración en este curso. Casi todos los textos que realizan transcripciones fonéticas anotan los fonos o los sonidos entre corchetes, y así haremos en adelante. Nosotros vamos a ver en el transcurso de esta materia que existen distintos tipos de notaciones, referidos a otros tantos niveles de análisis: la notación fonológica, por ejemplo, se hace entre barras. Toda vez que en la literatura especializada encuentren corchetes, habrá que interpretar esa convención como una transcripción fonética.

Existen dos alfabetos fonéticos distintos. Uno es el llamado Alfabeto Fonético Internacional (A.F.I.), y es el más antiguo. Se origina en una estandarización de mediados del siglo pasado. El A.F.I. se crea en 1885, y se revisa después de la década del 30; es un alfabeto fonético que se algunos puristas utilizan cuando se desgraba un texto en lengua aborígen. Esto en condiciones ideales, por supuesto. Las antiguas etnografías de la escuela de Boas incluyen amplios textos en lengua aborígen y en notación fonética.

El problema con el A.F.I. es que incluye una serie de caracteres que es muy improbable que las imprentas posean. Por ejemplo, letras griegas, letras invertidas, etc. Es muy difícil contar con una imprenta que posea los tipos necesarios para reproducir un texto en transcripción fonética, lo cual plantea formidables problemas de edición. Por supuesto que la transcripción fonética es hasta cierto punto inevitable si se pretende hacer una transcripción fiel de los sonidos de una lengua extraña. Los antiguos libros que registran frases o palabras en idiomas indígenas por medio del alfabeto vulgar no son fuentes confiables. Como vamos a ver hoy, los sonidos de las distintas lenguas difieren muchísimo. Ustedes mismos sabrán por experiencia que las vocales del alemán, del inglés o del francés, y ni hablar de las consonantes, difieren bastante de las que nosotros proferimos hablando en español. Cuando se aprende una lengua extranjera hay que reeducar el aparato fonatorio, y en cierta forma reeducar el oído.

El único lugar donde los extranjeros (o los aborígenes) hablan con la misma pronunciación del español es en las películas del oeste o en las de Tarzán. Si bien en las películas los personajes étnicos hablan en infinitivo, por ejemplo, habrán observado que ni los indios de los Estados Unidos ni Tarzán tienen acento extranjero, cosa sumamente extraña. Al contrario, su pronunciación suele ser elegante y la sintaxis correcta, si se hace la salvedad de que los verbos no aparecen conjugados.

Aquí nos ocuparemos de la versión más sencilla de la fonética, que es la fonética articulatoria; es más simple, porque no implica ningún conocimiento de física ni nada por el estilo, aunque obliga a realizar cierto análisis de cómo se produce el sonido a fin de poder describirlo. No utilizaremos el A.F.I., porque si bien fue el alfabeto más utilizado, a principios de siglo sobre todo, fue abandonado después en beneficio del llamado *Alfabeto Fonético Dactilográfico* o *Mecanográfico*.

Este segundo alfabeto fonético se basa en los caracteres que pueden producirse con una máquina de escribir. Esta es una solución de compromiso que tampoco todas las imprentas pueden llegar a solucionar, pero que se puede implementar sin duda mejor que el alfabeto internacional. Lo que se utiliza para la representación de los sonidos que difieren de las manifestaciones fonéticas habituales, es el agregado de signos diacríticos: guiones, diéresis, tildes y hasta signos de admiración. Por ejemplo, un guión sobre la 'a' [â] o dos puntos después de una letra [a:] indica una vocal larga, un guión tachando el palito de la 'b' [ḅ] indica un sonido fricativo, y así sucesivamente.

En lo que respecta a cuál alfabeto es mejor, las opiniones están divididas. En general, hay acuerdo en que lo más correcto es utilizar el AFI porque además es el que está avalado por estándares, por acuerdos de congresos, encuentros y simposios. Digamos que es la convención que los lingüistas acordaron llevar adelante. El problema es que resulta muy poco práctico. El alfabeto dactilográfico tampoco las tiene todas consigo, porque si bien resulta práctico con máquinas de escribir, no lo es tanto con las modernas computadoras, en las que resultaría más sencillo escribir una letra griega como  $\alpha$ ,  $\beta$  o  $\lambda$  que ponerle un acento a una letra 's'.

Lo que emprendemos ahora es una caracterización muy sencilla de todas las variables que intervienen en la descripción fonética de un sonido. Consideraremos todos los aspectos a los cuales les

prestaría atención un fonetista articulatorio, aquellos que hay que considerar cuando se describe un sonido de una lengua extraña.

En general hay cinco aspectos que hay que tener en cuenta desde el punto de vista articulatorio.

1) El primero, es si el sonido es *vocal* o es *consonante*. Y esto no tiene nada que ver con la escritura. Se considera vocal todo sonido relativamente puro desde el punto de vista de su descripción en términos físicos. Acá vemos que hay una especie de interferencia de lo que sería un criterio acústico con un criterio articulatorio. En general, las vocales son los sonidos del lenguaje que no incluyen lo que en física o en acústica se denominan ruidos. Todo el mundo sabe intuitivamente qué es una vocal e intuyen su contraste respecto de por lo menos algunas de las consonantes. Las vocales, por ejemplo, se pueden prolongar indefinidamente, cosa que no con todas las consonantes sucede.

2) Lo segundo que se tiene en cuenta, es si la columna de aire mediante la cual se produce es expirada o aspirada. Podríamos llamar a este criterio *dirección de la columna de aire*. En general, este criterio descriptivo se deja de lado porque la abrumadora mayoría de los sonidos del lenguaje se produce con aire expelido o expirado, es decir, sacando aire de los pulmones hacia afuera y no a la inversa. Pero sucede que algunas lenguas, muy pocas, incluyen sonidos inspirados, implosivos o aspirados que se llaman '*clicks*'; este es el caso de las lenguas khoisan del sur de Africa, habladas por los bosquimanos y los hotentotes. Prácticamente son las dos únicas lenguas donde se utilizan masivamente estos sonidos llamados '*clicks*', que son como chasquidos de la lengua. Estos sonidos se transcriben mediante signos de admiración (!), o con un signo igual [=] tachado por una barra, u otros signos dependiendo del click que se trate. El nombre de una de las etnias khoisánidas de bosquimanos, por ejemplo, es !kung.

3) La tercera variable que se tiene en consideración es lo que se llama el *modo de articulación* de un sonido. Ustedes no van a encontrar dos libros de lingüística o de fonética que enumeren los mismos modos de articulación. Cada uno clasifica las cosas más o menos como se les da la gana, y aquí no pretendemos ni una enumeración exhaustiva ni una clasificación sistemática. Pero en general se habla de los siguientes modos:

Un *modo oclusivo*, en el que la corriente de aire que sale de los pulmones es momentáneamente obstruida, como por ejemplo en [p], [t], [k].

Hay un *modo nasal*, que es el que se daría cuando la resonancia ocurre no en la cavidad oral, sino en la nariz, en la cavidad nasal, como sería al caso de los sonidos [m] o [n].

Hay también un *modo lateral*, en el que la lengua bloquearía parcialmente la boca y dejaría pasar aire por los costados; es el caso del sonido [l].

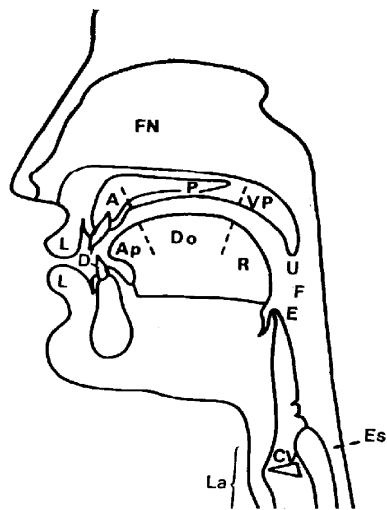
El *modo vibrante* presentaría vibración de alguno de los órganos que intervienen en la fonación, y esa vibración puede ser simple [r] o múltiple como en [rr]. En general el modo vibrante lo protagoniza la lengua, pero a veces es también la úvula o campanilla; en español tenemos una vibrante lingual [rr], mientras que en francés su usa una vibrante uvular.

El quinto modo sería *fricativo*. También en algunos textos, sobre todo españoles o en traducciones españolas, lo van a encontrar como *espirado*, aunque algunos autores separan fricativas y espiradas (las espiradas típicas son las sibilantes) en función de la

menor tensión de los músculos fonadores. El modo fricativo es un modo tal que los sonidos, al igual que en el caso de las vocales, se pueden prolongar más o menos indefinidamente, aunque también tenemos alguna forma de fricación o frotamiento, porque el canal respiratorio se estrecha sin llegar a cerrarse. Fricativas típicas son [f], [b] y [d]. Por supuesto que algunos de estos modos se superponen con otros.

El modo *africado*, por su parte, incluye una oclusión y una fricación. Es decir, un cierre momentáneo en la salida de aire de los pulmones y luego una liberación o un sonido continuo. El sonido africado típico se escribe como [ch]; otro sonido africado es [ts]. Cabe agregar a estos modos más o menos elementales otros que surgen de la combinación o sucesión de las articulaciones básicas, y que no vamos a enumerar aquí.

4) Sigamos con el cuarto conjunto de elementos de juicio que intervienen en una descripción, y que se refiere al *punto de articulación*. Esta variable tiene que ver con los órganos de la fonación, habitualmente las partes móviles y las cavidades que se ilustran en la figura aquí incluida; la figura reproduce lo que nuestros viejos profesores de lingüística llamaban la "cavidad supraglótica", o sea todo lo que se encuentra por arriba de la glotis o cuerdas vocales: labios (L), dientes (D), alveolos (A), paladar (P), velo del paladar (VP), úvula (U), ápice o punta de la lengua (Ap), dorso de la lengua (Do), raíz o posdorso de la lengua (R), faringe (F), laringe (La), glotis o cuerdas vocales (CV), fosas nasales (FN), epiglotis (E) y esófago (Es). El concepto de punto de articulación define el lugar y los órganos intervinientes en la fonación en un caso dado. Para caracterizar esta variable hay que analizar primero dónde se articula y luego en dónde resuena (si en la boca o en la nariz).



Conforme al punto de articulación, se distinguen sonidos bilabiales (p.ej. [p] o [b]), labiodentales (como [v]), dentales o apicodentales ([d]), apicoalveolares ([t]), palatales ([c]), velares ([k], [g]), glotales, etc; casi todos estos sonidos aparecen ya sea con resonancia oral o nasal. Existen algunas articulaciones sonoras relativamente extrañas, como las retroflexas, que se pronuncian dando la vuelta el ápice de la lengua hacia atrás.

5) Haciendo referencia a todas las variables que vimos hasta ahora, si yo quiero definir un sonido exhaustivamente, diría, por ejemplo, que se trata de una consonante, expirada, oclusiva, bilabial, oral. Ese sonido sería [p]. Añadiría una quinta variable a tener en cuenta, que es la *actividad de las*

*cuerdas vocales*: observaría si las cuerdas vocales vibran o no vibran en el momento en que se produce ese sonido. Si no vibran se tratará de un sonido *sordo*, si vibran se tratará de un sonido *sonoro*. En el ejemplo de la [p] nos encontramos ante un fono sordo. El sonido sonoro correspondiente vendría a ser [b], si está situado a principio de palabra en español. Entonces, la única diferencia entre estos dos sonidos sería que uno es sordo y el otro es sonoro.

Estas características intervienen en la descripción fonética según un punto de vista articulatorio. Donde mayor dificultad puede llegar a haber es en la definición del punto de articulación, en aquellos casos en que no es inmediatamente observable. Sucede que en fonética se dan problemas de interpretación respecto a cuál es el punto en el que verdaderamente se produce la articulación; para resolverlos suelen utilizarse a veces mediante aparatos relativamente complejos, y ante todo sistemas de rayos-X. Estos problemas se presentan, por ejemplo, con los sonidos llamados dorso-palatales, los que se pronuncian en la parte de atrás del paladar. Ejemplos de ellos serían [g] y [j]. Existen también en otras lenguas sonidos que se pronuncian más atrás aún, y que vendrían a ser dorso velares: intervendrían en su articulación el dorso de la lengua y el velo del paladar.

Sintetizando todo esto, podríamos decir que la descripción de los sonidos desde un punto de vista articulatorio es algo relativamente complejo. Existen ligeros matices que, dependiendo de la lengua que se trate, tienen o no correlato al nivel de las significaciones. Nosotros no distinguimos entre el sonido [k], tal como se pronuncia por un lado en 'cuello' y tal como se pronuncia habitualmente en 'quijada'. Y sin embargo estos dos sonidos, muy ligeramente, difieren en cuanto al punto de articulación. Esa pequeña diferencia, que para nosotros pasa totalmente inadvertida, en algunas lenguas impone un cambio de significación de la palabra.

Aquí hay que subrayar un concepto muy importante: en general, los estudios fonéticos no se refieren en absoluto al hecho de que el significado cambie o no. Los estudios fonéticos conciernen a la descripción de los conjuntos fonéticos o sonoros que se perciben en una lengua determinada o en una familia de lenguas. Cuando interviene el significado, nos encontramos ante otro tipo de estudio (los estudios fonológicos) que caracterizaremos más adelante.

Otra cuestión digna de señalarse es que si bien nosotros acabamos de referir cinco variables para la descripción de los sonidos de una lengua, estas variables no son ni remotamente todas las que intervienen. Existen otros procedimientos articulatorios que en algunas lenguas tienen carácter distintivo. Por ejemplo la *duración* o *cantidad*. En latín, sin ir más lejos, existen las vocales largas y las vocales breves. En muchas lenguas indoeuropeas que no están demasiado lejos filológicamente del español, encontramos vocales largas y vocales breves. Aunque pueda parecer extraño, el fenómeno de la duración se da tanto en lo que respecta a las vocales como en las consonantes. Hay lenguas que tienen vocales breves, largas y extralargas, como el estoniano, hablado en una de las repúblicas bálticas. También hay consonantes largas y breves en el caso de sonidos oclusivos. Esto se da en algunas lenguas africanas. Algunas lenguas (como el italiano) poseen consonantes sucesivas o *geminadas*, que no constituyen un solo sonido largo sino al menos dos.

Otra modalidad de articulación que a veces significa un cambio de sentido se refiere a la *intensidad*. Esto es a lo que nosotros hacemos comunmente referencia como acento. En nuestra lengua el acento, el cambio de intensidad, tiene que ver en general con las vocales, pero existen lenguas donde se acentúan las consonantes, cambiando el significado por el hecho de estar acentuada o no. Este acento es entonces una especie de reforzamiento, de aumento de la presión del aire.

El aspecto articulatorio posiblemente más llamativo es el de la *altura musical*. Nosotros tenemos una lengua monótona, no porque sea extremadamente aburrido lo que se dice en ella, sino porque el tono en general no interviene en la significación. Y digo en general porque hay una leve incidencia del tono en el caso de las frases interrogativas. La diferencia entre la afirmación "Vino Juan" y la pregunta "¿Vino Juan?" es sólo una diferencia de alturas musicales.

El uso de la altura musical es muy común, y en casi todos los continentes hay lenguas en las que el tono musical interviene de alguna manera. Hay distintas formas de articulación tonal, como por ejemplo lo que se llama tono melódico, y que se percibe inmediatamente en el caso de la lengua china, del vietnamita, del birmano. Se percibe que el sonido o bien asciende o bien desciende tonalmente una cierta cantidad de grados, y que ese ascenso o descenso tienen incidencia en la significación. El aspecto significativo o pertinente desde un punto de vista fonético estaría dado por esa curvatura que iría tomando la cadena hablada a lo largo del tiempo, por el perfil tonal de la frase. Otro uso de la altura musical concierne a lo que se llama registro tonal; las lenguas con registros tonales proliferan sobre todo en Africa. Ya no se trataría de una inflexión ascendente o descendente sino de que los distintos sonidos del lenguaje se enuncian más agudos o más graves, como en distintos registros sonoros. Existe el caso de una lengua africana que tiene hasta cuatro registros sonoros diferentes. Esto quiere decir que el mismo sonido se puede pronunciar a cuatro alturas diferentes y cada caso participará, llegado el caso, de otras tantas palabras con sentidos distintos.

La *entonación*, que vendría a ser un tercer aspecto tonal, al lado de los tonos melódicos y de los registros, muy rara vez tiene un valor distintivo. La entonación, por ejemplo, interviene en lo que nosotros captamos como acentos regionales o tonadas. Esto rara vez introduce una modificación en los significados, salvo que la entonación participe en una distinción significativa como sería el caso de la interrogación.

Todas las variables que hemos revisado hasta aquí (duración, intensidad, altura), en algunos manuales de lingüística se definen como características suprasegmentales o *suprasegmentos*. Un suprasegmento es algo así como un agregado por encima de la articulación. Al lado de toda la descripción de los fonos que intervienen en un lenguaje, el acento, la duración o el cambio de registro son entonces variables suprasegmentales, que se colocan por encima de los elementos primarios como una especie de añadido. Y este carácter suprasegmental, según ciertos lingüistas, estaría negando el carácter lineal de los fenómenos del lenguaje tal como lo afirmaba Saussure: al contrario de lo que éste pensaba, cuando se profieren sonidos del lenguaje suceden varias cosas a la vez. De hecho, a un nivel fonético, hay una concurrencia de aspectos. Cuando describíamos un sonido diciendo que era una vocal expirada, oclusiva, apico-dental, sonora, estamos haciendo referencia a seis aspectos, en este caso articulatorios, que intervienen o que se manifiestan simultáneamente. Lo mismo ocurre si en lugar de una descripción articulatoria realizaremos un análisis acústico, considerando criterios como compacto/difuso, agudo/grave, zonas espectrales, formantes y resonancias. Y lo mismo va a suceder a otros niveles de análisis, cuando hablemos, por ejemplo de los fonemas.

Hasta aquí hemos estado hablando del inventario o de la descripción fonética de una lengua y no del sistema fonético. Y esto simplemente porque no existen sistemas fonéticos. Tal como se pronuncian, en toda su enorme variedad, los sonidos del lenguaje (objeto de la fonética) no constituyen un sistema; lo cual no obsta para que toda descripción fonética procure ser sistemática.

## De la fonética a la fonología

Sin profesar necesariamente el credo estructuralista, es evidentemente muy difícil tratar de definir un sistema a nivel de los sonidos tal como se perciben en la vida real, o tal como se articulan. En primer lugar, nadie articula un mismo sonido dos veces de la misma manera. Muchísimas veces ha sucedido, cuando se transcribía un texto aborígen, que se asignaran signos distintos a sonidos que de alguna manera eran el mismo. El problema inverso también se presenta con frecuencia. Por añadidura, no existe ninguna clasificación de los sonidos que sea verdaderamente sistemática; las clasificaciones articulatorias son demasiado heterogéneas y desordenadas, mientras que las clasificaciones acústicas dependen en demasía de los métodos de registro y análisis.

El problema para la definición de un sistema a nivel fonético tiene que ver, por ejemplo, con el hecho de que se articula diferentemente de acuerdo con el contexto de la pronunciación. Por ejemplo, en la palabra 'nene' y en 'mango' los sonidos representados por [n] son considerablemente distintos. En la palabra 'bebé' las dos 'b' (en realidad [b] y [β]) son distintas, la primera es oclusiva y la segunda es fricativa: en la primera cerramos el conducto por un momento y en la segunda lo mantenemos abierto.

Uno de los rasgos que permiten diagnosticar que una persona es extranjera se suscita cuando ella pronuncia de la misma forma esos sonidos que para un hablante nativo son diferentes. En todas las lenguas, el sonido de las consonantes varía excesivamente en función de su contexto sonoro circundante. Todo esto quiere decir que si nosotros queremos hacer un inventario de los sonidos que verdaderamente se dan en el lenguaje, aunque sea en base a datos de un solo informante, que conserva la conducta lingüística muy coherente y que trata de pronunciar todos los sonidos iguales en todos los contextos, nos vamos a encontrar con una cantidad de sonidos abismal.

Para poder hablar de sistema hay que trasladarse a otro nivel de análisis, que va a ser el nivel fonológico. Dicho sea de paso, aquí es donde comenzamos a considerar el lenguaje como si estuviera conformado por una serie de niveles, que de abajo hacia arriba conciernen a cuestiones cada vez más complejas y a ciencias cada vez más amplias y de más difícil sistematización. Anticipemos también un cuadro posible de esos niveles de análisis y de las disciplinas que les corresponden, las cuales, grosso modo, se fueron sucediendo también en la historia en ese orden:

Aspecto	Especialidad
Contexto	Pragmática, sociolingüística
Texto	Análisis del discurso
Significado	Semántica
Frases	Gramática
Sintaxis	Sintáctica
Morfema	Morfología
Fonemas	Fonología
Sonidos del lenguaje	Fonética

Y aquí es también donde vamos a comenzar a hablar de la Escuela de Praga, que es el movimiento que sistematiza las ideas de Saussure, modificando en algunos casos los conceptos, los procedimientos y los criterios que aquél estableciera; y que más que modificarlos con vistas a una exposición teórica más o menos coherente, los aplicará a una multitud de aspectos tanto lingüísticos



como extralingüísticos. A partir de los desarrollos de la Escuela de Praga, y muy en especial de los de Jakobson, comienza a hacerse real la extensión de los métodos y de los criterios de la lingüística a otras manifestaciones de la comunicación humana, a otros sistemas de signos. Probablemente ya en los primeros desarrollos de la Escuela de Praga, entonces, esté en germen lo que en la década del 60 todo el mundo ha de llamar semiología, término que en cierto momento del desarrollo de las ciencias sociales y de la intelectualidad en general era prácticamente indisoluble de estructuralismo.

Aclaremos por último una cuestión terminológica respecto de la fonología. Fonología es exactamente lo mismo que fonémica o fonemática, términos que se encuentran en distintas traducciones y en distintas orientaciones teóricas. La denominación de "fonología" se ha usado primordialmente en Europa, mientras que "fonémica" o "fonemática" se ha popularizado más bien en América; extraño paralelismo, ciertamente, con el caso del doble nombre de la semiología y la semiótica.

## La Escuela de Praga

La historia de la Escuela de Praga y de los conceptos básicos de esta tendencia lingüística, probablemente la más creativa e importante (por lo menos de Europa), se remonta a 1928-1929. Tratemos de situar los parámetros cronológicos en torno a los cuales nos estamos moviendo. Saussure publica el *Curso de Lingüística General* en 1916 (mejor dicho, se los publica póstumamente). En 1917 tiene lugar la revolución de Octubre en Rusia. Doce o trece años después se origina lo que se conoce como el círculo de Praga, que era una asociación al inicio informal, luego formalizada casi burocráticamente, hasta con sus estatutos, actas y declaraciones de principios.

Esta escuela o círculo estaba constituida por un grupo de emigrados rusos, que circunstancialmente y por fuerza de la situación se encontraban en Checoslovaquia. En realidad fueron muy pocos los checos que formaron parte del círculo. Los dos lingüistas más importantes de la Escuela de Praga sin ninguna duda son Trubetzkoy y Jakobson. En el tiempo de surgimiento de la Escuela de Praga hay en Rusia dos modalidades dominantes de lingüística: la primera es la llamada Escuela de Kazán, que seguía un rumbo semejante al de Saussure, con algunas incursiones interesantes (aunque todavía no sistemáticas) en el terreno de la fonología; la segunda es la escuela de Marr, un lingüista bastante exótico que intentaba fusionar la disciplina con los principios del marxismo.

Vale la pena caracterizar en unas pocas líneas el pensamiento de Nikolai Marr (1864-1934), un especialista en lenguas caucásicas que propuso un sistema de lingüística "marxista" que durante algún tiempo fue algo así como la teoría oficial respecto del lenguaje. Para Marr el lenguaje era una forma de ideología, y como tal pertenecía a la superestructura y era parte del sistema de clases. La evolución del lenguaje, según su esquema, tenía lugar por medio de saltos cualitativos que se correspondían a diversas formaciones sociales. Esta es una consecuencia no deseada de la famosa "teoría del reflejo": todo lo que hay en la superestructura (filosofía, religión, ciencia) "refleja" o "reproduce" la naturaleza de las bases estructurales materiales y económicas.

Marr alegaba que antes que la humanidad desarrollara el lenguaje hablado utilizaba un lenguaje de gestos, que se correspondía a la antigua sociedad sin clases. Como el lenguaje hablado actual es un rasgo más de la sociedad de clases, en la futura sociedad comunista sin clases habría de ser suplantado por una especie de lenguaje-pensamiento sin palabras y por lo tanto universal. Como no habría más lucha de clases, el lenguaje (instrumento para la racionalización y justificación de los intereses de clase) no tendría casi nada que hacer. Puede verse que el modelo de Marr era algo más

que una ortodoxia; en rigor era tan tonto que tuvo que ser refutado nada menos que por Josef Stalin, quien propiciaba una teoría lingüística ingenua pero considerablemente más sensata. La teoría lingüística de Stalin se puede conseguir en una traducción española editada por los chinos.

Volviendo a la Escuela de Praga, digamos que la influencia de Jakobson se prolonga prácticamente hasta la actualidad. En Jakobson se origina, entre otras cosas, el estructuralismo antropológico. Si la primera escala en la emigración de Jakobson fue Praga, proveniente de Rusia en la década del 20 y huyendo del comunismo, la segunda va a ser Nueva York en la década del 40 huyendo de los nazis. Es decir, en 1940 la Escuela de Praga se traslada a América, y allí viaja Jakobson. Claude Lévi-Strauss, que también era judío y emigrado, estudia con Jakobson en Nueva York, y en esa experiencia, en ese encuentro, se originan todas las ideas que van a dar lugar al estructuralismo en antropología. Jakobson y Lévi-Strauss llegaron a hacer unos pocos trabajos conjuntos, que a mi juicio no son los más memorables ni para una ciencia ni para la otra.

Pero el hecho es que en 1928 se funda la Escuela de Praga, que se da a conocer en ocasión de un evento importantísimo, como lo fue el primer congreso internacional de lingüística. Y así como en Saussure nosotros veíamos una inquietud por los distintos aspectos del lenguaje, por los distintos niveles de análisis, conformando o delineando una lingüística general, en los trabajos iniciales de la Escuela de Praga la atención se va a focalizar predominantemente en el sistema fonológico. Por eso se ha hablado en ocasiones del modelo fonológico de la Escuela de Praga aunque no se hablara en concreto ni de fonología ni de lingüística.

En otras palabras, el análisis arquetípico y más representativo de toda la Escuela de Praga, y probablemente de toda la lingüística estructuralista, tiene que ver con el sistema fonológico, aunque sus implicancias afectan a otros niveles del lenguaje y (metodológicamente hablando) a otras disciplinas fuera de la lingüística. Pues este va a ser un análisis que otras disciplinas van a procurar adaptar a sus objetos como si de una heurística se tratara. No por nada Lévi-Strauss consideraba a la lingüística como "la disciplina piloto entre las ciencias del hombre" y al modelo fonológico como el logro culminante de la lingüística, comparable a lo que ha sido la física nuclear en las ciencias duras.

Ciencia piloto y heurística tienen significados similares. Heurística quiere decir algo así como una estrategia o modo orientativo. Cuando uno se inspira en un modelo exógeno lo utiliza a modo de heurística, como una guía metodológica. Nosotros vamos a ver que a pesar de su aparente abstracción y especificidad en torno a temas lingüísticos, la teoría fonológica va a ser utilizada como modelo orientador en una amplia gama de disciplinas, entre ellas la biología, que no es precisamente (después de la revolución genética molecular) lo que llamaríamos una ciencia blanda. Después vamos a ver cómo se da concretamente este fenómeno.

Lo que es importante subrayar (y esto es un aspecto que normalmente los antropólogos pasamos por alto), es que la teoría de la Escuela de Praga es tanto *estructuralista* como *funcionalista*, y quizá antes lo segundo que lo primero. Después precisaremos qué significa cada uno de estos rótulos y comprobaremos que no son tan opuestos o incompatibles como a veces se supone o como lo sostiene el propio Lévi-Strauss.

La Escuela de Praga se basa en una idea funcionalista, por cuanto los fundadores de esta tendencia, Trubetzkoy y Jakobson, se habían propuesto investigar las funciones que desempeñan los elementos y los mecanismos que intervienen en la lengua. Investigar la función de algo quiere decir investigar para qué sirve, qué finalidades satisface. La explicación funcionalista, tanto en lingüística

como en economía o en antropología, es una explicación que trata de determinar precisamente esto: para qué sirve determinada cosa, qué objetivo cumple determinado elemento en un conjunto dado de fenómenos.

Y la forma en que se encaró esta investigación en la Escuela de Praga tuvo por base el desarrollo de un método, propuesto inicialmente por Trubetzkoy, para el examen de los fenómenos en el nivel de análisis llamado fonológico que pasamos a caracterizar. Este nivel, que tiene indudablemente que ver los fenómenos fonéticos tal como se perciben, es sin embargo distinto. Siguiendo a Saussure, podríamos expresar que lo que es la fonética en relación con el habla, es la fonología con respecto a la lengua.

Cuando hablamos de lengua y cuando hablamos de fonología, estamos hablando, en ambos casos, de un sistema. Estamos en un nivel de análisis más abstracto que cuando nos referimos a habla y sonido. El hecho que busquemos situarnos en un nivel de análisis se origina además en una concepción peculiar de la ciencia y del método que se preocupa, antes que nada, por establecer cuáles son las unidades de análisis que hay que determinar para poder construir luego, a partir de ellas, un sistema.

Los fonólogos de la Escuela de Praga sabían que no podían definir un sistema a partir de los fenómenos fonéticos. Ya vimos por qué: las peculiaridades fonéticas son variables, incluso en el comportamiento lingüístico del mismo hablante en el transcurso del tiempo, y hasta cierto punto son caprichosos, no siempre están sujetos a leyes. Hay una serie de variaciones contextuales que dificultan establecer algo así como el sistema. Nosotros escribimos "moscas", pero nadie lo pronuncia así; todo el mundo pronuncia algo parecido a [mojkas]. Y así pasa con una cierta cantidad de sonidos que se alteran de acuerdo con cuál sea su comitiva anterior y posterior. Lo que se propone la fonología es establecer como paso inicial algo así como un alfabeto, un inventario de los sonidos *pertinentes* de una lengua. Los alfabetos históricos, si se lo piensa bien, conciernen más a una idealización fonológica que a una realidad fonética<sup>2</sup>.

Pero un alfabeto no es todo el sistema; un sistema no es un conjunto casual de elementos sino un conjunto ordenado de relaciones, de modo que para completar la caracterización del sistema hay que determinar en qué consisten y cuáles son esas relaciones. Lo primero que advirtieron los lingüistas de la Escuela de Praga fue que determinadas modificaciones o transformaciones de los sonidos estaban relacionadas con modificaciones en el nivel de la significación, algunas veces sí y otras veces no. Y propusieron establecer el sistema fonológico de una lengua no solamente en base al inventario de los sonidos de esa lengua, sino trayendo a colación esa capacidad de determinados sonidos para modificar o para mantener el significado.

Vamos a poner un ejemplo: Nosotros decimos "bata", y podemos intentar someter el sentido de esta palabra a una serie de transformaciones. Podemos pronunciar "bata" con variados énfasis; podemos articular el fono inicial como bilabial o más como labio-dental, sin alterar en absoluto el significado. Pero cuando nosotros decimos en cambio "pata" es indudable que el significado se alteró. En este caso cambió porque el sonido inicial pasó de ser sonoro a ser sordo. En todos los demás aspec-

---

<sup>2</sup> Mientras que en el habla real nosotros producimos una casi infinidad de sonidos, el alfabeto incluye solamente una treintena de elementos. No todos los alfabetos (y no todas las escrituras) pretenden ser sistemas de transcripción fonológica.

tos ese sonido es el mismo: es una consonante, bilabial, oclusiva; pero en un caso es sonora y en el otro es sorda; es la única diferencia.

Si nosotros decimos [paba] (escrito en términos fonéticos, no en términos alfabéticos) el sonido [b] puede llegar a ser no oclusivo, es decir un sonido continuo, o puede haber una oclusión, y sonaría entonces como dirían muchos extranjeros; y sin embargo, a pesar de esa deformación seguiríamos reconociendo el significado. En cambio si decimos [papa], el significado cambia. En el primer caso se ha alterado el hecho de que el sonido sea oclusivo o no oclusivo, en el segundo se alteró el hecho de que sea sonoro o sordo; todos los demás aspectos permanecen constantes.

Esto quiere decir que la transformación de sordo a sonoro, en español, según este análisis preliminar, tiene carácter distintivo a nivel del significado. Podemos experimentar con otros sonidos y con otros rasgos que integran su descripción. Siempre comprobaremos que, trátese del sonido que se trate, cuando se modifica uno solo de esos rasgos, el significado cambia. En ese caso, los fonólogos van a decir que, para la oposición que se está tratando sonoridad/sordez es un *rasgo distintivo*; los demás no.

¿Cómo procede el análisis fonológico? Se toma lo que se llaman pares mínimos de términos, como por ejemplo "bata" u "pata", y se va cambiando a cada uno de los elementos sonoros uno de los rasgos que lo definen como sonido, observando si el significado de la palabra resultante cambia o permanece igual. Como dicen los fonólogos, estaríamos analizando si el significado conmuta o no conmuta; conmutación quiere decir aquí variación del significado. En el caso de que el significado cambie (y siguiendo con nuestro ejemplo) se dice que para esa oposición, para la oposición de los sonidos consonantes, bilabiales, oclusivos, el contraste a nivel de sordo o sonoro constituye un rasgo distintivo, porque si se modifica ese rasgo se modifica también el significado.

Nosotros vamos a volver sobre esto infinidad de veces porque el concepto de rasgo distintivo es básico en fonología y en lingüística, pero vamos a tratar de conceptualizar bien qué tipo de análisis está proponiendo, para qué sirve, y qué alcances tiene. Lo primero que hay que tener en claro es que este análisis permite definir las unidades de las cuales va a hacer uso ese análisis en lo sucesivo. Esto quiere decir que a través de ese análisis de modificación de rasgos, se logrará definir a la larga el inventario fonológico de una lengua, al mismo tiempo que se va construyendo el sistema de sus relaciones mutuas.

Nosotros vamos a encontrar así que, por ejemplo en castellano, la [b] oclusiva y la [β] no oclusiva, sea cual sea el contexto donde se introduzca esa modificación, no van a diferenciar significado según se apliquen una u otra, en ningún caso. Se dirá entonces que todas estas manifestaciones sonoras corresponden al mismo fonema, que se va a denotar arbitrariamente como [b] o [β]; como ambos fonos son fonológicamente iguales (o mejor dicho, como ambos constituyen *alófonos del mismo fonema*), no interesa en cuál recaiga la elección. Esta situación implica que mientras que en el habla tenemos una serie de posibilidades fonéticas o sonoras, a nivel de la lengua o del sistema vamos a tener un fonema, una unidad que resume o subsume la variación fonética posible.

Existen muchas definiciones de fonema, de acuerdo con la escuela que se trate. Después vamos a referir distintas definiciones o concepciones del fonema, que arrojan (y aquí está lo importante) ciertas consecuencias sobre la concepción del sistema teórico en general.

La concepción de los praguenses es la primera a examinar. Pese a que el inventario de fonemas, según la Escuela de Praga, se obtiene a partir de un análisis del significado, eso no implica que los fonemas sean portadores de significación. El elemento /b/, considerado como fonema (por eso se

escribe entre barras), no posee ninguna significación propia o diferencial. La presencia o la ausencia de este término de por sí en la cadena lingüística no aporta ningún significado específico.

Entiéndase bien: los fonemas de un sistema determinado, si bien sirven para diferenciar significados, no poseen significado en sí mismos. Observen ustedes cómo llegamos al principio funcional del análisis fonológico. Habíamos dicho que los propulsores de la Escuela se habían propuesto determinar cuál era la utilidad, el servicio, la función de cada una de las unidades del lenguaje. Empezaron por los fonemas y llegaron a la conclusión de que los fonemas se utilizan para diferenciar significados. Tienen entonces una función distintiva.

Como vimos en la ejemplificación que hicimos, cada una de estas unidades, de estos fonemas, se puede interpretar entonces como una especie de conjunto, o de haz, de manojos de rasgos, algunos de los cuales son distintivos y otros no. Lo que harán los miembros de la Escuela de Praga para llegar a fijar el sistema fonológico de una lengua, es aislar los rasgos fonéticos pertinentes, que están presentes en una pronunciación determinada, y distinguir los que tienen valor distintivo de los que no lo tienen. Esto por supuesto involucra que uno dispone de una muestra representativa, de un corpus. Pero fijémonos en un pequeño problema, sumamente delicado, que se presenta a la teoría funcionalista-estructuralista como una especie de obstáculo. Para poder hablar del sistema fonológico de una lengua, se supone que la muestra de la cual partimos tiene que ser representativa por un lado y exhaustiva por el otro.

El objetivo de una teoría o de una descripción de esta naturaleza (después vamos a ver claramente este punto) no es solamente definir cuál es el sistema fonológico de una lengua. Eso, verdaderamente, como objetivo científico es bastante pobre. Sería bastante limitado decir que a lo que vamos a dedicar nuestra carrera de investigador va a ser a establecer los sistemas fonológicos de las distintas lenguas. Se supone que la determinación de los distintos sistemas fonológicos tiene que servir a un fin científico un poco más interesante.

Veremos después, entonces, que el trabajo no se termina con establecer un catálogo de fonemas de tal o cual lengua. De hecho la cosa va a llegar bastante más lejos. Fijense ustedes las preguntas que uno se puede plantear una vez que tiene definidos estos sistemas, una vez que tiene cierto conocimiento de una lengua en términos más o menos sistemáticos y ordenados. A partir de este conocimiento, uno se puede plantear como objetivo averiguar si existe algún rasgo, alguna tendencia universal en todos estos sistemas o en todos los sistemas que se analicen. En efecto, y sobre todo por obra de Jakobson, la Escuela de Praga va a fijar una serie de universales lingüísticos que atraviesan todas las lenguas, y que no solamente tienen una importancia a nivel del sistema fonológico, sino que también afectan a otros aspectos universales de la sociedad o de la cultura.

No les quisiera presentar la imagen de la Escuela de Praga como una tendencia que ha logrado cumplir sus objetivos plenamente. Recién habíamos hecho alusión a que hablar de un sistema fonológico implicaba que nosotros habíamos tenido la suerte de contar con un muestrario representativo de alocuciones, con una muestra respetable donde se pudieran presentar los pares mínimos que nosotros teníamos que oponer a efectos de que el método pudiera desplegarse. Para poder fijar el inventario fonológico hay que aplicar un método de conmutación. Nosotros por ejemplo vamos a tener que a partir de un par como "pero"/"perro", podemos llegar a la conclusión de que la diferencia entre vibrantes simples y vibrantes múltiples en español es significativa.

Pero para llegar a esta conclusión, y esto afecta en realidad a todo el método, nosotros tenemos que contar con palabras que introduzcan un cambio de significado. Si nosotros no tuvieramos la

palabra "perro" en el conjunto léxico de la lengua, y si no tuviéramos otras palabras que conformarían pares mínimos en este análisis, es dudoso que pueda decirse que el significado cambiaría. En realidad, algunos lingüistas dicen que es bastante milagroso e infrecuente que todas las lenguas presenten los pares mínimos necesarios como para posibilitar este análisis.

La existencia de pares mínimos es fundamental para que el método de conmutación resulte efectivo. La conmutación se aplica a dos niveles. Por un lado se aplica a la operación que se realiza sobre los rasgos que conforman un fonema. Nosotros tenemos un sonido que es consonante, oclusivo, bilabial, sonoro, etc. Una operación de conmutación se realiza cambiando sonoro por sordo, por ejemplo, y luego observamos si el significado conmuta o no también, es decir si cambia o no. El método es conmutativo sea a nivel de las modificaciones que se introducen, de las transformaciones a las que se somete ese sonido, y también es conmutativo en el sentido que se observa si el significado cambia o no.

Pero ¿qué pasa si un cambio a veces conmuta o otras veces no? Eso es trágico. Lo que nosotros vamos a ver a través de este cuatrimestre, y esto me gustaría que quedara muy claro, es que todas no todas estas teorías han logrado éxito o aceptación general, ni han llegado a demostrar siempre lo que se proponían. Como vamos a tratar de mostrar, ninguna teoría nos presenta, por lo menos a nosotros los antropólogos, un modelo del cual todo el mundo opine que es plenamente satisfactorio. En lingüística como en antropología hay abundancia de propuestas, pero no podemos decir que haya un consenso unánime a ningún respecto. Y las limitaciones son tan grandes que distintos lingüistas, cuando trataron de establecer el sistema fonológico de una misma lengua, han llegado a respuestas totalmente discrepantes. Y acá no estamos hablando de lenguas como el samoyedo, o el chino en dialecto mandarín, sino del sistema fonológico de las vocales en el inglés. Se llegan a números que varían. Pero por lo menos podemos decir que hay un núcleo consensual más o menos aproximativo y existiría cierto conjunto de conocimientos sobre los cuales existen relativamente pocas dudas. La teoría ha logrado el objetivo de disminuir, por lo menos en parte, la arbitrariedad de la descripción.

Creo haberles dicho que este movimiento, la Escuela de Praga, se origina en 1928 o 1929. El primer estudioso que propone el método fonológico y los principios básicos de este análisis es el conde ruso Nikolai Trubetzkoy, quien fallece prematuramente en 1938. Su continuador en este tipo de análisis funcionalista va a ser entonces Roman Jakobson, llevado por las circunstancias al liderazgo del grupo. A la larga otros teóricos, como André Martinet, van a adherir a la idea de un estudio funcionalista del lenguaje, aunque eso no implicaría adherir a las otras premisas y métodos de la Escuela de Praga.

No quisiera dejar la impresión de que la fonología solamente se estudió en el interior de la Escuela de Praga o que la Escuela de Praga solamente se abocó al estudio de la fonología. De hecho, casi todas las tendencias lingüísticas están de acuerdo en que existen los fonemas en el interior de un sistema fonológico propio de cada lengua. Pero el hecho es que cada tendencia de la lingüística le va a conceder a estos fonemas un carácter que va a variar según los principios teóricos a los que adhiera.

Algunos lingüistas van a decir, por ejemplo, que el nivel fonológico es una abstracción imposible, que no existe algo que sea el nivel fonológico específico de una lengua, por cuanto ese nivel fonológico solamente se podría establecer a partir de un nivel semántico, es decir, a partir de un análisis de los significados. Y entonces van a afirmar que el sistema fonológico de una lengua (si es que concebimos esa lengua como un conjunto de niveles más o menos interdependientes), no es en realidad un sistema por cuanto no es una entidad cerrada sobre sí misma; depende, para poder ser defi-

nido, de un análisis del significado: y hay muchos lingüistas que niegan la cientificidad de un análisis del significado. Nosotros veremos más a delante que de todas las ramas de la lingüística, de todos los aspectos de esta ciencia, la semántica (es decir el estudio del significado), es el más polémico y el menos satisfactoriamente desarrollado.

Y esto viene bien para hacer una acotación respecto a las posibilidades de estudio del lenguaje. La escuela de lingüística más importante de los Estados Unidos hasta fines de la década del 50, negaba no solamente que el significado se pudiera estudiar científicamente, sino que el significado tuviera que ver con la lingüística. En esta escuela, que es el descriptivismo (también llamado distribucionalismo), se estudiaba el lenguaje prescindiendo del significado, cuando uno diría que el lenguaje es primordialmente un medio de significación, que la lengua sirve para significar, para comunicar significados. Sin embargo, la tendencia más importante de la lingüística norteamericana hasta hace pocos años relativamente, y una de las tendencias más importantes del mundo en materia de lingüística negaba que el significado tuviera que preocupar a los lingüistas y casi todo el mundo estaba de acuerdo con esto. Esto constituye una abstracción casi ofensiva al sentido común; y una de las tendencias teóricas que, inaugurando el estructuralismo en un sentido más estricto que el saussureano, comenzó por situarse un poco más allá del sentido común, fue precisamente la Escuela de Praga.

### **Definiciones alternativas del fonema**

Estábamos diciendo, a propósito de esto, que el fonema va a ser definido de manera distinta de acuerdo con la tendencia teórica de que se trate. Por ejemplo, la Escuela de Praga va a usar un criterio funcional. Se va a definir el fonema como la unidad mínima de sonido mediante la cual se puede diferenciar el significado. Esta es la famosa concepción funcional de la Escuela de Praga: el fonema sirve para diferenciar significados.

Los norteamericanos de la escuela de Bloomfield van a definirlo como la familia de sonidos que satisfacen ciertas condiciones ¿Cuáles van a ser estas condiciones? Las anticipamos ahora pero las explicaremos en otras clases. Estas condiciones van a ser la *similaridad fonética* y la *distribución complementaria*. La idea norteamericana, y esto se los voy anticipando, es la de que se puede hacer no solamente el inventario fonológico, sino el estudio sistemático de una lengua sin hacer la menor referencia al significado, sin conocer el significado de ninguna palabra, término o frase que forme parte de esa lengua. Después comprobaremos que esta no es una idea tan ridícula como parece, ya que en cierto modo obedece con mucha sensatez y responde con excelentes resultados a las condiciones en que se desarrolló históricamente la escuela norteamericana.

Una tercera definición, que podríamos llamar "mentalista" o "psicológica" (sostenida por Baudouin de Courtenay y Sapir, entre otros), define al fonema como una especie de sonido ideal al que apunta un hablante; éste se desvía de la pauta ideal en parte porque es difícil reproducir un sonido siempre de la misma manera, y en parte por la influencia que ejercen los sonidos vecinos.

### **El sistema fonológico**

La Escuela de Praga, al definir el método y al definir el concepto de fonema, empieza a habérselas con un orden más o menos sistemático. En ella se probó por primera vez que existía en el lenguaje un conjunto de fenómenos, a determinado nivel de análisis, que configuraba un sistema. Y con

ello van a dar cumplimiento empírico a una de las ideas que habíamos visto originarse en Saussure, y esta es la idea de valor.

Hemos visto antes un ejemplo del nivel más elemental, en el cual ese sistema comienza a hacerse aparente, que es en el tratamiento de los pares mínimos; pero los lingüistas de Praga llegarán a definir un conjunto de fenómenos ordenados que reduce drásticamente la multiplicidad de los hechos observables a una dimensión que se puede llegar a manejar intelectualmente. Esto quiere decir que si nosotros nos acercamos a una lengua sin metodología, simplemente tratando de reproducir todos los fenómenos que se dan en ella, indudablemente seremos desbordados al poco tiempo y jamás podremos delinear su ordenamiento interno.

Al postular un sistema, se reduce entonces la multiplicidad de los fenómenos a un pequeño orden observable. Los lingüistas de Praga van a observar, por ejemplo, que en todas las lenguas hay un número mínimo y un número máximo de fonemas. Demostrarán que algunas lenguas construyen una relación sistemática entre tres vocales y otras lo hacen entre ocho, pasando por todas las posibilidades intermedias; pero ninguna lengua va a tener ni más de tres ni menos de ocho, y se va a explicar aceptablemente por qué. A este nivel comienzan a fijar muy lentamente una serie de leyes universales, que aunque no hayan sido universalmente aceptadas por lo menos constituyen interesantes hipótesis de trabajo.

Estudiando las distintas lenguas van a encontrar por ejemplo que en ciertas variantes del árabe hay tres vocales (a nivel fonológico por supuesto, a nivel fonético hay infinitud), mientras que en turco osmanlí hay ocho. En un principio esto va a ser un hallazgo puramente empírico, pero a medida que se vaya afinando el conocimiento que se tiene sobre los sistemas en el interior de una lengua, se va a poder encontrar la explicación de este fenómeno, y se va a poder fijar una ley que no necesariamente va a ser modificada cuando se encuentre una lengua que viole este principio.

Con todo esto consumarán una comprensión tan extraordinaria del sistema que permitirá efectuar predicciones; las aparentes excepciones podrán ser afrontadas como problemas muy bien definidos. Después vamos a ver, cuando hablemos de Jakobson, algunas de estas leyes que en un principio parten de una observación de hechos y luego alcanzan una elaboración puramente deductiva.

Ustedes sabrán que el estructuralismo es una escuela de ciencias sociales, de lingüística, incluso de matemáticas, que se engloba dentro de lo que se conoce filosóficamente como *racionalismo*. A grandes rasgos, podemos decir que en lo que a la ciencia concierne existen dos grandes tendencias: racionalismo por un lado y *empirismo* por el otro. Los lingüistas de la Escuela de Praga partieron de un análisis empírico y accedieron a un principio racionalista que les permite llegar, según ellos, a leyes de validez universal. Es decir, leyes que son puramente deductivas y que no constituyen generalizaciones inductivas, que es todo a lo que pueden aspirar los empiristas. Después retornaremos sobre estas consecuencias epistemológicas generales.

Ahora bien ¿Qué tipo de predicciones podían hacer? Después vamos a ver ejemplificaciones lingüísticas más específicas. En un principio parten de la observación de ciertos hechos, por ejemplo, del hecho de que en casi todas las lenguas conocidas (y esto en función de cuidadosas recolecciones de varios centenares y hasta miles de lenguas) las palabras que designan a la madre y al padre responden aproximadamente al mismo patrón fonológico. En las palabras que designan a la madre casi siempre encontramos nasales, fonéticamente hablando, como ser [m], y en las palabras



que designan al padre determinada familia de sonidos que están en una relación específica con respecto a las nasales, como ser [p].

La identificación del sistema fonológico habrá de ser la base que permitirá establecer, llegado el caso, leyes o principios que subsuman esas regularidades explicativamente. Veamos uno de esos casos.

### **Pancronía y lenguaje infantil**

Lo que lograron los fonólogos de Praga, y después vamos a ver cómo, es establecer en función del sistema una explicación y una ley que reviste un carácter prácticamente inviolable. La cosa no era tan pretenciosa, indudablemente. Incluso se ofrecieron una serie de explicaciones que por el momento sería estéril que yo las diera, respecto a cuál es la sucesión de fonemas que construyen un sistema. Para llegar a hablar de las leyes que fijaron los lingüistas de la Escuela de Praga tendríamos que hacer referencia a uno de los puntos en que esa tendencia difiere más ampliamente de Saussure, y que es el del análisis diacrónico.

Jakobson afirmará que el sistema fonológico de una lengua no va a ser solamente un orden que se encuentra construido desde el vamos, sino un orden que históricamente se debió construir o desarrollar de determinada manera, y un orden también que es el mismo en el cual el niño aprende su sistema fonológico. Jakobson no va a hablar de sincronía y diacronía, sino de pancronía. Va a definir un conjunto de leyes, por ejemplo relativas al vocalismo, determinando la existencia de un sistema vocálico mínimo de tres vocales y un sistema vocálico máximo de ocho. Luego situará al vocalismo mínimo y al vocalismo máximo en una cadena evolutiva y que se van a corresponder al orden en que se adquiere ese vocalismo en el aprendizaje lingüístico individual.

Y también se va a corresponder aunque en una forma invertida con el orden en que se pierden, en que se va deteriorando el sistema, cuando el hablante es afectado por una patología del lenguaje, concretamente por una afasia. Esto es lo que quiere decir Jakobson con pancronía. Cuando un sistema fonológico se pierde progresivamente, se pierde exactamente en el orden inverso en que fuera adquirido, lo que hace que todo el proceso se asemeje a una regresión hacia las etapas lingüísticas más elementales. Después vamos a ver una serie de ejemplos y vamos a ver cuáles son sus consecuencias para todo un conjunto de ciencias.

Como vamos a volver sobre la cuestión del fonema cuando acumulemos determinados conocimientos que por el momento están faltantes, les aconsejo dejar un cierto espacio como para después completar esta definición. Comenzaremos a caracterizar ahora algunas de las aplicaciones prácticas de la idea de sistema fonológico, aplicaciones prácticas que fueron propuestas inicialmente por Jakobson, basándose en parte en los tecnicismos del modelo fonológico, y en parte en base a otras observaciones que después fueron promovidas al rango de leyes científicas e integradas en un modelo cada vez más rico y con un sello cada vez más personal.

Habíamos comentado que Jakobson encontró que el sistema fonológico de una lengua y luego por extensión todos los sistemas que conforman la lengua, más allá del fonológico, obedecen a un cierto orden de construcción. Los sistemas no se generan de golpe en el proceso individual de aprendizaje de la lengua y con toda probabilidad tampoco se generaron de golpe en el proceso histórico de constitución de cada una de las lenguas. Jakobson observó algo que cualquiera de nosotros podría haber observado, pero que no todo el mundo llevaría al status de una ley científica. El hecho de ob-

servación es que los niños no aprenden los sonidos del lenguaje en cualquier orden sino en un orden perfectamente definido. El orden no es el mismo exactamente en todas las lenguas, porque todas las lenguas poseen sistemas fonológicos propios. En algunas lenguas faltan determinados sonidos, determinadas familias de sonidos, incluso. Después vamos a ver que una de las consecuencias de esta concepción en términos de sistema va a implicar, de acuerdo con este principio, que las lenguas no pueden incluir cualquier sonido, sino que los sonidos que la integran tienen que estar de acuerdo con las oposiciones y con los órdenes vigentes en el interior de su sistema fonológico.

Si bien cada lengua tiene un sistema fonológico que le es propio, con sus familias de sonidos posibles, con sus oposiciones básicas, en general se puede decir que el orden en que aparecen determinados tipos de fonemas en el proceso de aprendizaje lingüístico es universal. En ninguna lengua, por ejemplo, siempre se va a dar el caso de que los niños asimilen los sonidos vibrantes como la "rr", antes de ciertos sonidos nasales y ciertas oclusivas.

Jakobson observa y sistematiza estas puntualizaciones en base a un amplio muestrario. En la bibliografía de prácticos hay algunos indicios sobre el orden en que aparecen las distinciones básicas, y sobre el tipo de leyes "universales" que pueden derivarse de estos hechos. Para los propósitos de esta cátedra, no vale la pena preocuparse por los aspectos técnicos de fonética y fonología que allí se encuentren; lo fundamental es interpretar la línea argumental de estas teorías, y no el detalle de la construcción de los sistemas fonológicos. De todas maneras, lo más interesante que descubre Jakobson es que los niños no siguen una línea perfectamente ordenada y progresiva en el aprendizaje de la lengua, sino que invariablemente, en todas las lenguas, manifiestan dos etapas radicalmente distintas, dos etapas que podrían presentar, si no se dispusiera de la idea de sistema fonológico, una paradoja insoluble. En algunos casos aislados las dos etapas se transforman en tres, apareciendo un breve "período de mudez" entre las etapas originales; pero en general el proceso es universal y uniforme.

La primera etapa es la que Jakobson llama *etapa de balbuceo*. Es una etapa de vocalismo y consonantismo absolutamente libre. En todas las lenguas se manifiesta aproximadamente el mismo patrón de balbuceo<sup>3</sup>. Los niños balbucean de manera tal que aparentemente pueden producir una multitud de sonidos. Pero lo que advierte Jakobson es que al principio de su vida los niños balbucean sin ningún tipo de limitación. No tienen preocupaciones lingüísticas, comunicativas. Indudablemente intentan llamar la atención, pero no han descubierto aún el código que rige la comunicación entre las personas. Profieren cualquier ruido que les pasa por las cavidades supraglóticas. Pero, en determinado momento, esta capacidad de balbuceo, esta habilidad de producción sonora prácticamente ilimitada, se quiebra. No digamos que esto sucede de la noche a la mañana, pero claramente existe una transición hacia un comportamiento que ya pretende ser comunicativo. Y de repente el niño pierde la capacidad de producir sonidos que en la etapa de balbuceo producía. Esto puede llegar a parecer paradójico, pero sin duda es así.

Por otra parte, parecería como que los niños rechazaran una parte del modelo lingüístico que se les trata de imponer. La asimilación de determinadas pautas de pronunciación, de determinados elementos fonológicos, es más dificultosa que la asimilación de otros sonidos. Casi nunca se da el caso de que un niño no pueda pronunciar "mamá" o "papá" a poco tiempo de comenzar a asimilar el có-

---

<sup>3</sup> En los años recientes se ha formulado en Francia una pregunta opuesta: ¿balbucean los bebés en su lengua materna, o existe un esquema de balbuceo universal? No existe aún una respuesta unánime a este problema.

digo; sin embargo con otros sonidos pertenecientes al mismo sistema fonológico puede llegar a tener problemas y adquirirlos tardíamente. En otros niveles del lenguaje se observarán fenómenos semejantes; el niño construye poco a poco su idea acerca del sistema y a veces las proyecta incluso más allá de lo debido, como cuando dice "ponido" en lugar de "puesto" o "escrito" en vez de "escrito".

Jakobson es uno de los primeros que propone estudiar sistemáticamente el habla infantil empleando para ello el aparato conceptual de la lingüística. Es el primero que propone esta distinción entre dos etapas claramente delimitadas, propuesta que generó toda una serie de estudios que en general han sido confirmatorios. Jakobson llega a la conclusión de que la etapa de balbuceo es prelingüística. No nos olvidemos que la Escuela de Praga es funcionalista. El primer principio que acata, antes de preocuparse siquiera de los fonemas, es que la lengua sirve para la comunicación. De esto se deduce, en relación con el tema que estamos desarrollando ahora, que el balbuceo no tiene intención (o función) comunicativa, mientras que la etapa que le sigue sí.

No es que en el balbuceo el niño no intente comunicarse, sino que lo concreto es que todavía no se ha dado cuenta cuál es el código, no advierte que no se puede comunicar como se le da la gana, sino que se tiene que adaptar a ciertas pautas comunicativas, que el lenguaje le impone ajustarse a ciertas reglas. Jakobson decía que en determinado momento el niño advierte que tiene que adquirir un código, adquirir un sistema (en este caso el sistema fonológico de su lengua) para poder comunicarse eficientemente y con precisión. En todo este proceso, que es bastante largo, más largo que el del balbuceo, se pierden algunos sonidos lingüísticos esenciales que se producían en la etapa de balbuceo. Balbucear un sonido dado no cuesta nada; incorporar un fonema sí, porque en primer lugar no se lo puede incorporar en cualquier orden, sino siguiendo la lógica constructiva del sistema.

Y esto, según Jakobson, obedece a que funcionalmente estos sonidos ya tienen un valor fonemático, es decir, tienen un sentido dentro del sistema. Luego se va a comprobar también, en un examen comparativo, que algunas lenguas que tienen sistemas fonológicos más simples, carecen precisamente de los sonidos que en general los niños tardan más en adquirir. En efecto, se va a descubrir un fuerte paralelismo entre la incorporación del sistema fonológico por parte de los niños y la hipotética evolución de los sistemas fonológicos de las distintas lenguas. Este es un juicio netamente evolucionista, y es evolucionista también en la correspondencia que fija entre la situación de los niños y la situación de determinadas lenguas.

Después vamos a sacar las conclusiones que hagan falta de todo esto, pero mientras tanto ocupémonos de lo que decía Jakobson. Las dificultades del niño en adquirir determinados sonidos que antes podía pronunciar fácilmente en la etapa del balbuceo obedece a una dificultad que podríamos llamar intelectual o conceptual. Los comportamientos sonoros en la etapa del balbuceo eran libres, no estaban sujetos a nada, a ninguna ley. Pero ahora todas las manifestaciones sonoras, en la etapa de adquisición del lenguaje en sí, son reemplazadas por lo que Jakobson llama una distribución o un orden conceptual de los sonidos articulados. Ese orden es aproximadamente progresivo. A medida que el niño va incorporando fonemas, el sistema fonológico que debe manipular como código a través del cual comunicarse es mayor y más complejo. Uno de los argumentos que Jakobson utiliza para ejemplificar este razonamiento, es el hecho de que determinadas manifestaciones más o menos periféricas del lenguaje, como por ejemplo las exclamaciones, los ruidos y cierto tipo de onomatopeyas, se basan en sonidos que no siempre pertenecen al sistema fonológico de las distintas lenguas. Parecería como que Jakobson insinúa que todas estas exclamaciones, ruidos, manifesta-

ciones evidentemente emocionales, sensoriales, están fuera del sistema, y probablemente sean desde el punto de vista evolutivo más primitivas, menos racionales.

Lo que dice concretamente es que estos ruidos o exclamaciones utilizan, como regla general, en distintas lenguas, sonidos que han quedado vacantes, o que no se emplean en el sistema fonológico de cada una de ellas. Determinadas lenguas orientales no incluyen vibrantes que son propias de las lenguas occidentales, como [r] y [rr]; parecería que cuestan trabajo a los hablantes de determinadas lenguas orientales cuando tienen que aprender una lengua occidental. Sin embargo ningún hablante de esas lenguas experimenta la menor dificultad en pronunciar vibrantes haciendo de cuenta que se trata de la imitación de un ruido, por ejemplo el ruido de un motor. Una cosa es, entonces, producir un sonido y otra cosa es incorporar determinado sonido en el interior de un código o de un sistema. Son dos trabajos intelectuales radicalmente distintos.

## **Lingüística y afasia**

Y esto ha tenido cierta consecuencia relativamente impensada. Ustedes sabrán que hay gente que por un accidente, por ejemplo un golpe en la cabeza capaz de afectar la corteza cerebral, pierde ciertas capacidades lingüísticas, cuando no todas. A veces esas capacidades tienen que ver con lo que los lingüistas de Praga llamarían el sistema fonológico. Se pierden ciertos sonidos o ciertos fonemas que integran el sistema, cuando no todos. Existen varias clases de afasias. Jakobson caracterizó primero las afasias progresivas, que son correlativas a un daño cerebral que se va incrementando. El daño es cada vez más grande, la capacidad lingüística cada vez menor. Y en un golpe de genio observó que el proceso de pérdida del sistema fonológico que se da en una afasia progresiva es exactamente inverso al orden de adquisición del sistema fonológico en el aprendizaje de esa lengua. Las consecuencias prácticas de toda esta cuestión se ven en el momento en que el foniatra o reeducador de los trastornos del lenguaje tiene que hacer que el paciente recupere el sistema perdido. Jakobson dice, y todo el mundo está de acuerdo, que para que el paciente pueda reconstruir su sistema fonológico el orden tiene que ser el mismo orden en el que se generó o adquirió ese sistema en la lengua correspondiente. Esto es algo que ningún educador violaría. Ante una persona que ha perdido totalmente el sistema fonológico a nadie se le ocurriría empezar por las palatales o por las vibrantes, sino que se trataría de empezar por los sonidos que resultan más fáciles e inmediatos, y esos son los que primeramente se originan en el proceso de adquisición por parte del niño.

Una de las ideas que se le ocurrieron a Jakobson, y que antes no se le había ocurrido a nadie, fue hacer un análisis lingüístico de los trastornos del lenguaje. Estos trabajos de Jakobson son aproximadamente de principios de la década del 60. Los ensayos sobre lenguaje infantil que comentamos antes eran de fines de la década del 30. Estos trastornos habían sido tratados por médicos, eventualmente por educadores o reeducadores, pero no por lingüistas. Lo que se pregunta Jakobson es si los lingüistas tienen algo que decir a este respecto. ¿Qué clasificación pueden hacer de estos trastornos? ¿Qué relación pueden establecer, por ejemplo, entre la tipología lingüística de un trastorno y el tipo de daño cerebral observable? ¿Qué relación hay entre la localización del daño y la pauta lingüística resultante? Este es el tipo de preguntas que promueve Jakobson, y sin duda son preguntas interesantes.

Jakobson siempre sigue el mismo método. Parte de una serie de hechos aparentemente curiosos, paradójales, y después trata de establecer cuáles son las leyes a las que estos fenómenos obedecen.

Uno de estos hechos curiosos, por ejemplo, tuvo oportunidad de presenciarlo reiteradamente en pacientes japoneses que experimentaban daños lingüísticos y daños cerebrales. Los japoneses tienen dos sistemas de escritura. Uno que es más o menos un sistema fonético, como el nuestro, alfabético, y otro que es ideográfico; en este último los elementos de la escritura representan no sonidos sino ideas, conceptos, como en el sistema de escritura chino, del cual se derivan los ideogramas. Y Jakobson observó una correlación absolutamente perfecta en términos estadísticos entre el lóbulo cerebral afectado y el tipo de escritura que resultaba perdido o afectado en el caso de pacientes japoneses. Lo que propuso Jakobson a propósito de esto es que determinadas capacidades lingüísticas también pudieran estar relacionadas con ciertas zonas de la corteza cerebral.

Pero las observaciones más interesantes y creativas de Jakobson no se refieren a trastornos afásicos del sistema fonológico, sino a otro tipo lingüístico de trastornos afásicos. El definió la existencia de afasias gramaticales y semánticas y encontró que estos tipos de afasias tenían que ver inescapablemente con las dos categorías aparentemente gratuitas que trajimos a colación a propósito de Saussure, que eran las de relaciones sintagmáticas y las relaciones asociativas o paradigmáticas. Jakobson no hizo uso de los términos sintagmático y paradigmático, sino que caracterizó esas afasias en términos de metonimia y metáfora.

Según los retóricos clásicos, una metonimia es una figura del lenguaje que tiene que ver con relaciones de contigüidad. Distintas relaciones de contigüidad se engloban, según la retórica clásica, dentro de la figura del tropo llamado metonimia. Por ejemplo las relaciones entre el todo y la parte: cuando nosotros decimos "las cabezas del ganado", es una metonimia, estamos haciendo referencia a una parte del animal. Cuando nosotros decimos "velas" en lugar de "barcos", como hacían los españoles, la relación es también metonímica, el todo por la parte. Tomamos una parte y hacemos que valga como si fuera el todo. Una relación metonímica también es la que media entre la causa y el efecto, como si la contigüidad fuera extensible al tiempo.

En la metáfora, por el contrario, utilizamos un criterio de semejanza. Cuando nosotros decimos de alguien que es un león, estamos asimilándolo con un león, porque asociamos la bravura de una persona a una de las características salientes del león. Es una relación externa, distante, no tiene ni contigüidad, ni continuidad. Como diría Saussure es una relación en ausencia. En efecto, la metáfora tiene que ver con las relaciones asociativas de Saussure o con lo que otros lingüistas llaman relaciones paradigmáticas. La metonimia tiene que ver, por el contrario, con las relaciones sintagmáticas, es decir con el encadenamiento de las frases y componentes lingüísticos.

Lo que va a observar Jakobson concretamente es que a determinados pacientes afásicos se les van a afectar las relaciones sintagmáticas en tanto que a otros las asociativas. Esto quiere decir, por ejemplo, que algunos pacientes no van a poder entender una metáfora, van a aferrarse a los sentidos literales, mientras que otros pacientes no van a poder construir gramaticalmente una frase. Son dos afecciones completamente distintas, podríamos decir que opuestas. En este preciso aspecto Jakobson recupera a sabiendas una distinción formulada por Saussure.

Ejemplifiquemos este aspecto de los estudios de Jakobson, porque sus implicancias son amplísimas para la antropología, y también para el psicoanálisis. Cuando un hablante profiere una frase, el oyente o el receptor descifra lo que el hablante dice de dos maneras, dos formas concurrentes de desciframiento que posibilitan este aspecto de la comunicación. Por empezar, el oyente se refiere por un lado a un *código* compartido con el hablante, y cuando escucha una frase recorre ese código y establece las correspondencias pertinentes. Si yo digo la frase "él come" cada uno de los segmentos que conforman esta frase se corresponde a una clase de elementos lingüísticos que

conforman en su conjunto lo que podríamos denominar el código. Se identifican entonces los segmentos o las partes de una frase o de un discurso, como pertenecientes a una clase, y al conjunto de esas clases como conformando el código que permite este aspecto de la comunicación.

Lo que es obvio es que no basta con reconocer el código, o con establecer esa clasificación inicial, para apreciar el sentido de una frase o de un discurso. En el caso del ejemplo, para saber quién es "él" es también importante examinar el *contexto* en el que esa frase o ese discurso ocurre. Lo mismo vale para cada uno de los elementos o de los segmentos que conforman una cadena lingüística, una frase, un texto. Hay que examinar el contexto de la totalidad de los fenómenos lingüísticos y los contextos sucesivos de las sucesivas partes de la frase o de la enunciación. En otras palabras, tenemos que los componentes de todo mensaje se ligan, por un lado, a un código y, por el otro, a un contexto. Jakobson asimila entonces las relaciones sintagmáticas, posteriormente la figura de la metonimia, a la noción de contexto; y las relaciones paradigmáticas, la figura de la metáfora, a la noción de código. Si nosotros deseamos realizar una traducción, tenemos que recurrir tanto a un código como a un contexto. Incidentalmente la dificultad de la traducción automática está dada porque las reglas referidas a un código se pueden introducir en una máquina, mientras que las que se refieren al contexto normalmente no.

Si nosotros traducimos, por ejemplo, "*Times flies like an arrow*", esto es una frase hecha que viene a querer decir algo así como "el tiempo vuela como una flecha". Pero si nosotros hiciéramos que una máquina traduzca esta frase, podría segmentarla de distintas maneras y darle distintos sentidos en función del código, porque la máquina ignora todo lo que se refiera al contexto. Podría traducir, en función de los significados posibles de todas estas frases, "flies" como "vuela" o también como "moscas". Podría traducir "like" en el sentido de "como" o de "gustar". Y podría producir de esta manera traducciones como "las moscas del tiempo gustan de una flecha", que desde el punto de vista del código es inobjetable, pero en sentido contextual es absurda. Lo que la máquina ignora es el contexto preciso que rodea al enunciado, y lo que es muy difícil introducir en una máquina es el conocimiento enciclopédico que hace falta para garantizar la coherencia del sentido más allá de las relaciones a nivel del código o de las clases lingüísticas.

Esto simplemente lo ejemplifico a efectos de que quede más claro lo que es una relación de código, asociativa o paradigmática, y lo que es el contexto. El contexto no es solamente la relación gramatical que se establece a lo largo de la frase, sino todo lo que rodea, todo lo que está en contacto, todo lo que confiere en última instancia, una especie de envoltura significativa a los enunciados lingüísticos.

En este orden de distinciones, Jakobson dice que para hacer una diagnosis lingüística de la afasia, hay que practicar un examen muy cuidadoso respecto de si esa afasia se refiere a problemas de código o relaciones asociativas, o a problemas de contexto. A partir de este tipo de distinciones Jakobson elabora lo que podríamos llamar la primera tipología lingüística de los trastornos del lenguaje. Y distingue dos tipos de trastornos: trastornos de la semejanza y trastornos de la contigüidad. Tenemos entonces por un lado patologías de las relaciones asociativas o del código, y por el otro deficiencias de las relaciones sintagmáticas o del contexto. El cuadro de esta antinomia perfecta (y Jakobson era amante de las "oposiciones binarias", como que fue su inventor) quedaría fijado aproximadamente así:

Código	Contexto
--------	----------

Semejanza	Contigüidad
Metáfora	Metonimia

Lo interesante de esto está en la caracterización que Jakobson hace de estos dos tipos de problemas lingüísticos, y por supuesto en el respaldo empírico que tienen esas categorías o esas clasificaciones en relación con los trastornos que se dan concretamente en los casos afásicos. Yo les diría que no hay unanimidad respecto de la validez o no de la clasificación de Jakobson, en términos generales. Es decir, existen muchos más trastornos afásicos que los caracterizados por Jakobson, lo cual no significa que las dos categorías que vamos a examinar ahora carezcan de respaldo o de representatividad en los casos reales.

Es decir, los dos trastornos del lenguaje que vamos a caracterizar siguiendo a Jakobson, tienen una amplia representación empírica, si bien no cubren todos los trastornos posibles del lenguaje. Esto ya está implícito en los estudios que antes había realizado Jakobson y que habían tomado como objeto las afasias progresivas.

Jakobson dice que cuando un paciente tiene afectadas las relaciones de semejanza, es sin embargo capaz de completar un contexto. Por ejemplo, si se le proporciona una frase parcial, es capaz de completarla en un sentido gramatical. Por ejemplo, supongamos que omitimos un artículo o un verbo; el paciente no tiene gramaticalmente ningún problema en completar esa frase. Los problemas empiezan cuando tiene que prescindir del contexto.

Este tipo de pacientes es incapaz por ejemplo de comenzar una frase o un discurso sin apoyo contextual, o de sustituir los elementos de una frase por otros. Si decimos "los perros comen" no puede proponer alternativas para cada uno de los términos (p.ej. "gatos" o "personas" en lugar de "perros"). Recordemos que las que están afectadas son las relaciones asociativas. Las relaciones sintagmáticas no experimentan problemas en esta clase de trastornos.

Lo que también resulta afectado es, por ejemplo, la sinonimia. Así como no pueden proponer alternativas para reemplazar cada uno de los componentes de esa frase, para producir frases nuevas, son incapaces de expresar esa frase de otra manera. Son incapaces de establecer una paráfrasis, una explicación o una circunlocución, a pesar de comprender perfectamente lo que esa frase quiere decir. Tampoco pueden pasar de un código a otro. Por ejemplo, si se les señala la imagen de un objeto, de un perro comiendo, no pueden pasar a la representación verbal, es decir "un perro come".

Cuando se les suministra pruebas de asociación libre, no responden con analogías metafóricas sino con analogías metonímicas. Si se les muestra, por ejemplo un rascacielos, no van a decir "hormiguero", lo cual sería una metáfora, sino que van a decir algo que esté en relación de contigüidad, o de parte a todo con el edificio: probablemente ciudad, ascensor, departamento o vértigo. En suma, responderán con algo que esté inmediatamente asociado o que forme parte de la experiencia de un edificio.

Las palabras que mejor se conservan en este tipo de afección son las palabras más abstractas, las palabras que forman parte esencial de la gramática, como ser las conjunciones, las preposiciones, los pronombres, los artículos... Palabras que no promueven ninguna asociación de ideas, ya que la única función que cumplen, podemos decir, es gramatical. Son como el pegamento que liga los términos del lenguaje, las "conjunciones" por excelencia, la experiencia misma, a nivel lingüístico, de la contigüidad.

Los pacientes que sufren trastornos de la semejanza se guían exclusivamente por el contexto, es decir, los pacientes que experimentan trastornos de la semejanza, tienen que apoyarse en el contexto. Son incapaces de pronunciar una frase que no sea una respuesta inmediata a lo que dice su interlocutor, o que no responda a la situación contextual que se está dando en ese momento. Por ejemplo, un paciente afectado por este tipo de trastorno no puede decir que está lloviendo a menos que esté lloviendo realmente, es decir que haya un apoyo contextual que esté relacionado con esa alocución. Por ejemplo, un paciente al que un lingüista le pidió que enumerara una cierta cantidad de animales, pronunció una lista de animales cuyo orden correspondía al orden en que ese paciente los había visto en el zoológico. Los pacientes que tienen afectadas las relaciones de semejanza no pueden comprender además las metáforas. Interpretan todo en sentido literal estrictamente.

El otro tipo de trastorno es prácticamente opuesto, siempre y cuando entendamos como oposición este tipo de cruzamiento entre las relaciones paradigmáticas y las relaciones sintagmáticas. Jakobson habla de trastornos de la contigüidad. Y así como en el trastorno anterior el paciente conservaba todos los elementos gramaticales, en este tipo de trastornos esos elementos que son puramente gramaticales son los primeros que se pierden. El paciente se expresa a través de términos carentes de ligazón gramatical o sintáctica. Habla una especie de lenguaje denominado "telegráfico". Se perturban además todas las operaciones sintácticas del tipo de la conjugación o la declinación. Este es un tipo de trastorno que se conoce como agramatismo, es como si perdiera la gramática.

Cada uno de estos trastornos se caracteriza además por una especie de acentuación de las posibilidades que se conservan. El paciente puede repetir palabras familiares, pero no palabras afines a palabras familiares. Si le decimos que diga "rubia" dice "rubia", pero si le decimos que diga "fubia" experimenta dificultades simplemente en la repetición de esa palabra. Relaciona "rubia" con algo, pero al no relacionar "fubia" con nada es incapaz incluso de reproducir esa palabra cuando se le pide que la repita.

Existe una clasificación posterior, realizada por Jakobson, donde se intenta ligar cada uno de los tipos lingüísticos a una zona específica de la corteza cerebral, pero esta clasificación es bastante más compleja que la que yo les estuve dando, y no tiene prácticamente aceptación, incluso entre los lingüistas. Lo importante de estas polaridades distinguidas por Jakobson entre relaciones asociativas o paradigmáticas o metafóricas o problemas del código, y los problemas del contexto radica posiblemente en que esa distinción es análoga a otras que se han dado por ejemplo en el psicoanálisis o en la antropología.

En antropología, una de las clasificaciones más antiguas y difundidas acerca de los tipos de magia, la de James Frazer, uno de los fundadores de la antropología inglesa de fines del siglo pasado, autor de *La Rama Dorada* y otros estudios clásicos. Frazer distinguía entre magia contagiosa y magia homeopática o imitativa. La magia contagiosa se basaba en el principio de la contigüidad, y la magia homeopática se basa en el principio de la asociación de ideas o, podríamos decir, en la metáfora. La primera se manifiesta en especial en todo lo que se relaciona con las ideas de la polución y el contagio, la segunda aparece cuando se utilizan imágenes, símbolos y analogías.

De la misma manera, los psicoanalistas hablan de dos tipos de elaboraciones que se dan en el trabajo de sueño, es decir, de dos tipos de distorsiones que el sueño impone en los fenómenos de la vida real que se reflejan en ellos. Por un lado desplazamientos, que podrían ser análogos a las relaciones contextuales, y por otro lado asociaciones de ideas, reemplazos, simbolismos, semejanzas, que serían equivalentes a las relaciones asociativas o paradigmáticas. Lacan que tiene también una



amplia base estructuralista, va a relacionar estas dos manifestaciones reconocidas por Freud en la elaboración onírica con sus correlatos lingüísticos caracterizados por Jakobson.

### **Código genético y código lingüístico**

Uno de los aspectos también más productivos del modelo fonológico tiene que ver con las disquisiciones de Jakobson acerca de las similitudes entre el llamado código genético y el código lingüístico. A fines de la década del 50 los biólogos descubrieron que la herencia biológica estaba determinada por una especie de mensaje que estaba escrito en los cromosomas, en una especie de alfabeto químico. A partir de este descubrimiento ha sido muy común que en genética molecular se utilicen expresiones derivadas más o menos directamente de la lingüística para hacer referencia al código genético o a las leyes de la herencia. Por empezar, por supuesto, hablar de código genético es ya una apropiación que procede de la lingüística.

Y hay quien afirma, y entre ellos Jakobson, que todo el desarrollo de la biología molecular y todos los avances en genética fueron posibles a partir del momento en que los biólogos se dieron cuenta de que podían aprovechar categorías lingüísticas para estudiar fenómenos biológicos, entre ellos por supuesto el código genético. Jakobson exploró relativamente a fondo esta analogía, e incluso propuso una razón por la cual el código lingüístico reproduciría pautas fundadas en el código genético.

Como vamos a ver más tarde, Jakobson propuso algo así como una dependencia del lenguaje respecto de la estructura genética. Lo que más le llamaba la atención es que los dos códigos, el genético y el lingüístico, se basaban en componentes discretos, separados. Lo mismo pasa, por ejemplo, en los sistemas fonológicos. En fonología tenemos que un sistema está basado en una cantidad reducida de componentes discretos. Discreto es aquí equivalente a analíticamente taxativo. En fonética podemos dudar si un sonido responde a un patrón o no; en fonología no existe duda: tenemos una cantidad fija y definida de fonemas por sistema, un ejemplar del lenguaje pertenece, sí o no, a cada clase fonológica, y no hay grados intermedios. Los fonemas son entidades discretas.

Lo mismo pasa con los elementos que componen el código genético. Son elementos discretos, que no tienen ningún sentido por sí mismos, pero que se combinan en unidades que tienen algún "significado", lo que en este contexto es lo mismo que efecto biológico. Lo que es el significado a nivel lingüístico, aquí sería el efecto genético. De la misma manera que una frase constituye un segmento de un texto, un gen corresponde a un segmento de la fibra nucleica.

Parecería que todo lo que sucede a nivel genético podría entenderse como una especie de intercambio de mensajes referidos a un código, y basados en un conjunto finito y discreto de elementos que se combinan de distinta maneras, combinaciones de muy pocos elementos, se habla por ejemplo de cuatro radicales químicos que se repiten millones de veces a lo largo de cromosoma, combinándose y permutándose como si fueran las letras de un alfabeto.

Jakobson dice que lo que vendría a ser la frase en relación con un texto es el gen en relación con el cromosoma o con toda la fibra nucleica. En ambos casos, tanto en el de la frase como en el de los genes, tenemos una secuencia determinada que comienza y termina de una manera diferenciada, que Jakobson caracteriza como signos de puntuación. Esos signos de puntuación o esas discontinuidades se dan tanto en lo que respecta a las frases en el conjunto de los textos como en lo que respecta a los genes en el conjunto del cromosoma.

Jakobson asevera que en la actualidad el código genético también está totalmente descifrado. Se ha definido algo así como el diccionario de las combinaciones posibles, se han identificado los signos de puntuación, es decir los elementos que median entre las cadenas nucleicas, se han establecido combinaciones genéticamente equivalentes, que Jakobson asocia con los sinónimos. Es decir, elementos cuyo efecto genético es el mismo a pesar de que son combinaciones diferentes. En una palabra, tenemos una serie de analogías entre lo que serían las frases y los genes, o los fonemas y los radicales químicos, es evidente que existe un fuerte paralelismo estructural entre ambos objetos científicos. En ambos casos, en el de la frase y en el de los genes, tenemos una estricta linealidad en la secuencia de los elementos. Según Jakobson tenemos posibilidad también de reducir las combinaciones posibles o los elementos de ese código a una serie de relaciones binarias. Después vamos a volver a esto.

En ambos casos puede distinguirse analíticamente una serie de niveles jerárquicos. En el lenguaje teníamos el nivel de los fonemas, el morfológico y el sintáctico, configurando toda una serie de niveles superpuestos; lo mismo se da en el código genético, a pesar de la estricta linealidad de los fenómenos, tanto en lo que respecta a la frase como en lo que respecta al encadenamiento de elementos en la fibra nucleica.

Lo que se pregunta Jakobson es si el isomorfismo entre estos códigos resulta simple casualidad o si existe una razón más profunda para que ambos universos puedan ser analizados en base al mismo tipo de categorías. Jakobson postula que es posible que el modelo del código lingüístico haya sido modelado directamente sobre los principios estructurales del código genético. Especula que el código genético impone que todos los fenómenos comunicativos de los seres vivientes reproduzcan de alguna manera su estructura.

La polémica más importante se desarrolló entre el propio Jakobson y François Jacob, biólogo, autor de un libro muy conocido, *La Lógica de lo Viviente*. Paradójicamente, Jacob se opuso a la idea de que ambos fenómenos estuvieran causalmente ligados. Sostenían que tanto el código genético como el código lingüístico sirven a la comunicación: el proceso de la herencia es algo así como un fenómeno de comunicación a nivel biológico. Jacob sostenía también que todos los fenómenos de comunicación tienen una especie de similitud inevitable, dada la naturaleza de su función. Los sistemas de comunicación tienen que obedecer a una serie de principios comunes, como ser la cantidad finita de elementos básicos, la amplitud de combinaciones posibles entre estos elementos, un carácter relativamente lineal, una estructuración jerarquizada. La analogía funcional es a juicio de Jacob explicación suficiente de las similitudes, lo cual excluye las relaciones causales entre los fenómenos de un orden y los de otro.

Jacob planteó además una objeción a la teoría de Jakobson, argumentando que si el código lingüístico estuviera basado directamente en el código genético, probablemente todos los seres vivientes hubieran desarrollado algo muy parecido al lenguaje, lo cual es algo bastante plausible. El código genético, por de pronto, es parecido y estructuralmente idéntico en el hombre, las ranas, los ranitos o cualquier otro ser viviente; mientras que el lenguaje es una capacidad específica del ser humano.

## **Funciones del lenguaje y modelo de la comunicación**

Cuando comenzamos a hablar de la Escuela de Praga, dijimos que esta escuela se inscribe dentro del estructuralismo, al igual que la mayor parte de las teorías que vamos a revisar, y también

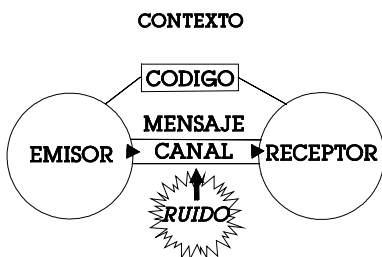
participa de lo que se denomina funcionalismo. Uno de los objetivos de los miembros del círculo de Praga había sido el de analizar las funciones del lenguaje, es decir, determinar para qué sirven cada uno de los elementos o aspectos del lenguaje.

De este interés funcionalista se deriva lo que se conoce como el modelo comunicacional de la Escuela de Praga, que nuevamente fue desarrollado principalmente por Jakobson, constituyendo una de las formulaciones más clásicas y más conocidas de todas las que se refieren a los procesos de la comunicación. Podríamos decir que es un esquema a partir del cual cada uno de los teóricos o investigadores posteriores establecieron una serie de variaciones y de enriquecimientos.

El modelo de la comunicación de Jakobson al mismo tiempo sistematiza el problema de las funciones del lenguaje. Jakobson decía que en todo fenómeno de comunicación tenemos primariamente un *emisor* y un *receptor*, que se comunican a través de un *canal*, que en el caso del lenguaje será un canal auditivo (en el caso de otros sistemas de comunicación será de otro orden perceptual). Para que esa comunicación sea posible el emisor y el receptor tienen que compartir un *código*, es decir, tienen que hacer referencia a una serie de convenciones compartidas. Y a través de ese canal, y con referencia a ese código circulan una serie de *mensajes*. Toda comunicación, por último, se desarrolla en un *contexto*.

Tenemos entonces seis elementos: emisor, receptor, canal, código, mensaje, contexto. En base a cada uno de estos seis elementos Jakobson va a caracterizar las diversas funciones del lenguaje. Jakobson aclara que ningún mensaje o fenómeno comunicativo se basa en uno de estos aspectos por separado con prescindencia de los demás. Este modelo de la comunicación es además el modelo mínimo. En una comunicación real ninguna de estas partes componentes puede estar ausente. Lo que sucede es que es posible definir funciones, objetivos, propósitos diferentes de la comunicación según el énfasis se deposite en uno u otro de esos elementos que conforman el fenómeno comunicativo.

Esto quiere decir que ningún mensaje satisface una sola función, aunque es posible que distintos mensajes enfatizen distintos aspectos. En todo fenómeno comunicativo existe una jerarquía funcional, de modo que la estructura de un mensaje depende de la función que prevalezca. Todas las funciones están presentes siempre, pero en momentos alguna de ellas aparece más enfatizada o más reforzada que las demás. Dependiendo de cual sea la función dominante, o la función prevaleciente en un fenómeno de comunicación determinado, así va a ser la estructura o la categoría a que ese fenómeno comunicacional pertenezca.



Por ejemplo, la llamada *función referencial* del lenguaje sería la que enfatiza el contexto. El contexto básicamente es lo que ocurre fuera del fenómeno lingüístico mismo. Podríamos decir que la función referencial enfatiza el tema, la referencia, la denotación en detrimento de otros aspectos intervinientes. Esto es lo que otros teóricos han llamado la función denotativa o cognoscitiva del lenguaje. Algo que caracteriza centralmente al lenguaje entre otros sistemas de comunicación es que

ese contexto no necesita ser el contexto inmediato, es decir el contexto en el que se desarrolla el fenómeno comunicativo. Aquí "contexto" hay que tomarlo en un sentido muy amplio, como aquello a lo que el lenguaje se refiere, o más estrictamente como aquella realidad extralingüística a la que el lenguaje o el fenómeno comunicacional denotan.

Otra función es la *emotiva* o *expresiva*, cuando el énfasis está puesto en el emisor. En el caso del lenguaje emotivo, el centro del fenómeno comunicativo parecerían ser los sentimientos o los estados afectivos del emisor, del que produce inicialmente ese fenómeno de comunicación. La forma pura del lenguaje emotivo sería, para Jakobson, la interjección. La forma elaborada, la forma sublimada de esta función emotiva, estaría dada en ciertas variedades de la poesía, aunque en torno a ella se ha identificado una función aparte.

La tercera función del lenguaje y de los fenómenos comunicativos en general, es la que Jakobson denomina *función conativa*, también llamada función *apelativa*. En este caso, y a la inversa de la función emotiva, el énfasis está puesto en el receptor. En una comunicación de este tipo, se coloca el acento sobre lo que el receptor debe hacer, y por ello la forma típica de este tipo de comunicación es el imperativo, las órdenes.

Una de las funciones más interesantes, y más inesperada, en este esquema es lo que se llama la función *fática*, que es la que enfatiza el canal. Es un tipo de comunicación que simplemente denota que el canal de comunicación está abierto. Prácticamente se podría decir que la función referencial o denotativa de este tipo de comunicación es absolutamente irrelevante. Entran dos personas en un ascensor y una le dice a la otra: "¿Calor, no?". Este es un tipo de comunicación que simplemente comunica, sin más, sin que el contenido interese realmente. Está el canal disponible y se utiliza, y la caracterización de este tipo de comunicación sin contenidos, ni emotivos, ni referenciales ni imperativos, no fue hecha por los lingüistas ni por Jakobson, sino por los antropólogos, y concretamente Malinowski. Este fue quien caracterizó la función fática del lenguaje en un estudio sobre el lenguaje en las culturas primitivas de 1923, sobre el que vamos a volver cuando hablemos de sociolingüística y lingüística del habla.

Continuando con las funciones lingüísticas, Jakobson dice que existe una comunicación que hace referencia al código, y esa es la *función metalingüística*: a través del lenguaje se está hablando sobre el lenguaje. Ejemplificar esta función es fácil: es lo que hacemos en estas clases, por ejemplo, aunque no lo advirtamos. Inclusive tiene algunas manifestaciones informales muy frecuentes, como cuando se corrige a una persona en sus usos gramaticales. La función metalingüística se basa en una de las capacidades básicas del lenguaje que es la reflexividad: el lenguaje puede hacer referencia al lenguaje usando para ello al lenguaje mismo. Después vamos a ver algunos otros aspectos y problemas del metalenguaje y de la metacomunicación cuando abordemos la sociolingüística.

La última y sexta función del lenguaje, es la que enfatiza el mensaje, es la manifestación comunicativa donde el mensaje tiene un valor intrínseco preferencial, el mensaje por el mensaje mismo. Esta es la función *poética*. Esto se confunde un poco con la función emotiva que hacía referencia al emisor. Pero esta función poética es bastante más generalizada. Se refiere a aquellas manifestaciones en las que el mensaje tiene un valor por sí mismo en tanto mensaje, y ya no como vehículo de las emociones. El ejemplo clásico sería la poesía, que exalta el arte por el arte. La poesía no sólo refleja los sentimientos del poeta, sino que se define mejor como un mensaje que tiene valor literario o estético en sí.

Desde ya, en la comunicación varios elementos pueden estar enfatizados al mismo tiempo. Hay libros de ciencia (denotativos o referenciales) que poseen una fuerte carga emotiva y un alto valor poético. Lo que proporciona Jakobson es una construcción ideal. Es una propuesta acerca de cómo llamar a las distintas funciones o aspectos de la comunicación cuando se enfatiza uno u otro elemento. Jakobson es el primero en decir que no existe una comunicación que sea funcionalmente exclusiva o pura, porque siempre están presentes todos los elementos en el fenómeno comunicativo.

Jakobson afirma que ninguno de los aspectos del lenguaje, y sobre todo la función poética, se puede estudiar fuera de los problemas generales del lenguaje y fuera del circuito global de la comunicación. Incidentalmente, Jakobson fue uno de los primeros en estudiar la poesía desde el punto de vista lingüístico y en proponer categorías analíticas que no provenían de la estética, es decir categorías relativamente formales para abordar la poesía. Incluso uno de los trabajos más conocidos de Jakobson, que es un análisis del poema de Baudelaire "Los gatos", está hecho conjuntamente con un antropólogo, Lévi-Strauss.

Algunas consecuencias metodológicas del modelo comunicativo dejan bastante que desear. ¿Cómo clasificar, por ejemplo, la función de los chistes? ¿Un chiste es sólo una comunicación fática, un acuerdo sobre la existencia de un canal, relleno con contenidos triviales? ¿Se los consideraría acaso textos denotativos, centrados en la función referencial, en la misma categoría que las alocuciones científicas, los chismes o las confesiones de un delincuente? Notemos este defecto del modelo: Jakobson no proporciona las indicaciones operacionales que posibiliten u orienten la tipificación, por lo que el nexo entre las estructuras formales del lenguaje y sus funciones sociales no queda bien resuelto. Cuando se hace ciencia no alcanza sólo con proporcionar una tipología: también hace falta especificar los criterios para que otro estudioso puedan clasificar los objetos de la misma manera y las razones que hacen que tipos muy distintos de hechos se engloben en las mismas categorías.

Los teóricos de la comunicación va a ser enriquecer o modificar este modelo en los años siguientes. Cuando lleguemos a la sociolingüística vamos a ver que este se ha ido complicando. La sociolingüística actual maneja, por así decirlo, un esquema de la comunicación mucho más rico, en el que intervienen muchos más factores que lo que sería el caso en el modelo que estamos viendo. De todas maneras podríamos decir que ésta es un poco la piedra fundamental; téngase en cuenta que es una elaboración relativamente temprana, que arranca en la década del 30.

### **Simbolismo sonoro y glosolalia**

Las preocupaciones de Jakobson en torno del lenguaje, si bien estaban basadas en el modelo de Saussure y en el modelo fonológico inicial desarrollado por Trubetzkoy, abarcaron, como se ha visto, toda una multitud de aspectos. Hemos hablado primero de los estudios más puramente fonológicos, en los que Jakobson propone una especie de esquema evolutivo de la emergencia del sistema fonológico de los niños. Luego pasamos a su modelo sobre los trastornos afásicos en sus dos variantes: las afasias progresivas y después la bipartición entre afasias asociativas y afasias sintagmáticas. También tratamos sucintamente la polémica alrededor del código lingüístico y el código genético que se desarrolló a fines de los 60 y principios de los 70, que se refleja en un libro (el Cuaderno N° 92 de Anagrama) que hoy es bastante difícil de conseguir.

Uno de los estudios más polémicos, discutidos e interesantes de Jakobson tiene que ver con el problema del simbolismo lingüístico en general y del simbolismo sonoro en particular. ¿Cuáles son

-se preguntaba Jakobson- las constantes simbólicas del lenguaje, aparte de sus determinaciones formales y de los universales de la denotación pura? Habíamos comentado, a propósito de Saussure, que uno de los acuerdos básicos de los lingüistas concernía al principio de la arbitrariedad del signo, es decir, al carácter arbitrario de los significantes. Saussure mismo decía que no existe ningún nexo necesario entre el signo /vaca/ y el concepto "vaca", entre el fenómeno sonoro o imagen acústica (o la cadena fonológica) y el concepto, referente o denotación de este significante. No hay nada en una vaca, como cosa, que nos haga llamarla de esta manera y no de otra.

Este parecía uno de los criterios lingüísticos más difíciles de poner en tela de juicio, por lo menos globalmente. Pero Jakobson lo va a cuestionar. No de una manera integral, pero sí explorando fenómenos del lenguaje que parecerían ser no totalmente arbitrarios. Por supuesto uno de esos fenómenos son las onomatopeyas. El mismo Saussure reconoce que las onomatopeyas parecerían imponer una especie de excepción al principio de la arbitrariedad del signo lingüístico; pero consideraba que si bien existiría alguna similitud entre las onomatopeyas o los nombres onomatopéyicos como "cacareo" o "mugido" y aquello a lo que estos significantes se refieren, despreciaba la importancia de esos casos. Casi todos los lingüistas son de la opinión de que las onomatopeyas o las palabras que tienen un origen icónico o de reproducción más o menos inmediata en relación con el fenómeno al que denotan no son representativas de la totalidad del lenguaje<sup>4</sup>. Para buena parte de los lingüistas, desde el punto de vista de su masa en el conjunto del inventario léxico, las onomatopeyas o las palabras de origen onomatopéyico son más la excepción que la regla.

Jakobson responde argumentando que no solamente hay simbolización, iconismo o falta de arbitrariedad en las onomatopeyas, sino que existe un conjunto de fenómenos lingüísticos que son claramente simbólicos y que están motivados de alguna manera, no son totalmente arbitrarios. Por ejemplo, en casi todas las lenguas la pequeñez, la cercanía o la familiaridad, se denotan a través de fonemas o de sonidos similares a /i/, mientras que lo grande y lo lejano se simbolizan con sonidos semejantes a /a/. Jakobson establece el argumento, desde ya, en términos de un análisis formal y aportando numerosos ejemplos.

Por ejemplo la oposición que hay para denotar en francés la cercanía con "ici", la lejanía con "là". O en inglés "this" y "that". En castellano "aquí" y "allá". Y así sucesivamente. Hay una serie de ejemplos en un conjunto de escritos que Jakobson dedicó a estas temáticas, donde incluso se tratan algunas aparentes anomalías o excepciones como el hecho de que en inglés "grande" se diga "big" y "pequeño" se diga "small" (la [i] de big es abierta, tirando a [a], mientras que la [a] de small es cerrada, tirando a [o]). Jakobson llega incluso a analizar en distintas lenguas la referencia que se hace a las "aguas menores" y a las "aguas mayores" como "pis" y "caca" respectivamente. Es decir, la pequeñez denotada por sonidos parecidos a la [i] y el tamaño grande por sonidos abiertos parecidos a la [a].

Otra observación de Jakobson, y que parecería apuntar a un fenómeno lingüístico que probablemente sea universal, tiene que ver con el hecho de que las palabras marcadas y no marcadas tengan

---

<sup>4</sup> ¿Acaso no es el mismo Jakobson quien destaca que las onomatopeyas parecen construidas al margen de los sistemas fonológicos?

un correlato morfológico más o menos uniforme<sup>5</sup>. En casi todas las lenguas, para formar un plural se agrega un elemento a la palabra que denota el singular. Los plurales son entonces más largos que los singulares respectivos, constituyendo una clara analogía. Cosas parecidas se manifiestan en toda una serie de fenómenos lingüísticos que postula Jakobson, arrojando un número increíble de hipótesis de trabajo. En este mismo ámbito de estudio, relacionado con el simbolismo sonoro, es donde podemos situar las reflexiones de Jakobson acerca del fenómeno de la glosolalia. La glosolalia es lo que la Biblia se llama "hablar en lenguas". Numerosas religiones, casi siempre las religiones que tienen algún componente místico o de posesión espiritual, o que poseen rituales de iniciación con fuerte participación personal, conocen alguna variante de este tipo de fenómenos.

Se supone que cuando uno está influenciado por algún espíritu y en el caso bíblico visitado o poseído por el Espíritu Santo concretamente, adquiere lo que se llama el "don de lenguas". "Hablar en lenguas" quiere decir expresarse en otro lenguaje que no es la lengua materna, un lenguaje que, según se sostiene, no se aprendió nunca y que puede ser tanto una lengua histórica reconocible como un idioma desconocido. En la Biblia misma hay varios testimonios de glosolalia. En los "Hechos de los Apóstoles" se narra que en Pentecontés el Espíritu Santo descendió sobre los presentes, quienes adquirieron inmediatamente el "don de lenguas".

Todas las sectas u organizaciones pentecostales (desde la del Pastor Giménez hasta Jimmy Swaggart) aseguran experimentar el don de lenguas (manifestación por excelencia de la presencia del Espíritu) con cierta asiduidad. El fenómeno es tan fácilmente observable como una misa. Si ustedes realizaran algún estudio en alguna comunidad de las que últimamente proliferan, probablemente lo presenciarían muchas veces. La gente se pone a hablar espontáneamente en lenguas desconocidas, a veces identificables por sus compañeros, en la mayoría de los casos no. Actos parecidos se dan, por ejemplo, en numerosas religiones africanas. Casi siempre que hay trances, sobre todo cuando son trances extáticos, violentos, convulsivos, en toda una multitud de religiones (ya sea influenciadas o no por la religión católica) aparecen fenómenos de glosolalia. Se han registrado fenómenos de "hablar en lenguas" en religiones que son absolutamente insospechables de contaminación cristiana.

La glosolalia es un fenómeno religioso y antropológico apasionante ¿Qué tienen que decir los lingüistas acerca de ella? ¿Es verdad que se habla en otras lenguas, o se trata de una simple farsa? Lamentablemente sucede que la glosolalia, desde el punto de vista lingüístico, ha sido mal estudiada. De hecho existen muy pocos registros grabados o escritos de manifestaciones glosolálicas. Lo que es interesante investigar, por lo menos para Jakobson, es si estas manifestaciones, que normalmente tienen lugar en cierto estado de trance, son lingüísticamente sostenibles o si son simples elocuciones que no tienen una estructura fonológica, morfológica, gramatical o sintáctica que permita asegurar sobre una base firme que esa manifestación es en rigor una manifestación lingüística.

Una de las conclusiones a las que Jakobson llega, a pesar de que los registros escritos o grabados son sumamente escasos, es la de que existe cierta similitud entre las diversas manifestaciones de

---

<sup>5</sup> Una palabra "marcada" es una palabra específica, mientras que una palabra "no marcada" es un término genérico. "Hombre" es, por ejemplo, la palabra no marcada que no sólo denota a los varones, sino que puede emplearse como concepto genérico para referirse a los seres humanos (p.ej. "la antropología es el estudio del hombre"). "Mujer" en cambio no se aplica a la generalidad: es por lo tanto una palabra "marcada".

glosolalia, independientemente de cuál sea la lengua materna de quien la experimenta. Sobre todo en el caso de las glosolalias que no pasan por ser una lengua conocida como el latín o el griego, parecería ser que existe mayor similitud entre dos manifestaciones glosolálicas entre sí, que la que existe entre cada una de ellas y las respectivas lenguas maternas de los hablantes. Un hablante de inglés producirá un fenómeno de glosolalia que se parece más a otro fenómeno del mismo tipo producido por un hablante de samoyedo, que lo que se parecen el inglés o el samoyedo, respectivamente.

Jakobson acompaña estas afirmaciones con una breve caracterización fonológica y morfológica de casos de glosolalia. De los ejemplos se desprende la idea de que existen algunas constantes universales o preferencias por ciertas combinaciones fonológicas como /nd/ o /nt/. Ciertas cadenas de fonemas que se dan con muchísima frecuencia, incluso allí donde los registros glosolálicos son sumamente pequeños. Esto, sin embargo, puede interpretarse tanto como una prueba taxativa de la realidad del don de lenguas, o como una demostración de que la mentira tiene patas cortas y hacer sanata no es tan fácil después de todo: propóngase a varios hablantes que inventen frases en idiomas imaginarios y se observarán, sin duda, las mismas clases de recurrencias. La verdad es que el asunto requeriría un estudio más amplio y sistemático.

Uno de los aspectos interesantes de estos estudios, que están a mano para ser estudiados tanto desde el punto de vista lingüístico como antropológico y rara vez son analizados con seriedad, concierne al estudio que realizó primero Saussure y que retomó Jakobson de un caso de una sonámbula suiza de fines del siglo pasado, que experimentaba accesos de glosolalia, que se llamaba Helene Smith, muy conocida en círculos iniciáticos. La Smith afirmaba que en las crisis de sonambulismo se comunicaba con marcianos, algunas veces, y con sabios de la antigua India otras. Y en esos accesos de sonambulismo registraba por escrito lo que se le comunicaba.

Esos escritos llegaron a manos de Saussure, quien era indoeuropeísta y conocía el sánscrito bastante bien. Saussure analizó lo que se supone eran escritos de una variante afín de esa lengua de la antigua India, para determinar si podían ser más o menos atendibles o si eran una burda falsificación. Llegó a la conclusión de que este vocabulario no presentaba ninguna coherencia, ni palabras inteligibles que se pudiera decir que derivaban del sánscrito o de otra lengua; pero señaló que desde el punto de vista fonológico no existía ninguna objeción, pues no había ninguna combinación de fonemas que fuera contraria a las reglas fonológicas del sánscrito. Lo cual, según creo, no quiere decir mucho, porque en francés o en castellano las reglas fonológicas son bastante parecidas a las del sánscrito.

Hago referencia a estas cuestiones porque forman parte de un estudio de simbolismo sonoro que eventualmente podría formar parte de nuestras inquietudes antropológicas. El estudio de la glosolalia está abierto para cualquiera que se acerque a un grupo religioso pentecostal, ya sea en el Chaco de los tobos o en plena Buenos Aires. Con esta observación terminamos con delinear la lingüística de Jakobson, sobre la que volveremos muchas veces.

### **Del estructuralismo lingüístico al estructuralismo antropológico: el análisis estructural de Lévi-Strauss**

Desde hace unos años hemos incorporado al programa una visión crítica del estructuralismo levistraussiano que se ha de construir sobre los conceptos que se elaboran en esta materia. No se trata de una descripción de la teoría estructuralista sino de una crítica. Se supone que los aspirantes a antropólogos tienen muchas oportunidades de tratar la obra de Lévi-Strauss de primera mano, y aquí



no vamos a revisar contenidos ya demasiado conocidos. La bibliografía para comprender bien la crítica siguiente se ciñe a los capítulos II y XI de *Antropología Estructural*. De todas maneras, la crítica es en cierta medida autónoma, por lo que no se exigirá de esos capítulos más conocimientos que las referencias que aquí se incluyen.

Lévi-Strauss es tal vez el antropólogo más reputado fuera de la antropología, y aunque más no sea por ello debe haber completa familiaridad con sus postulados. Durante muchos años se pensó que la formulación de Lévi-Strauss constituía uno de los puntos culminantes de la teorización y el desarrollo del método antropológico, y que exigía conocimientos previos de matemáticas, lógica y filosofía, situándose casi en los límites de la comprensión. Su "dificultad" se ha considerado proverbial, y es un hecho que numerosos antropólogos (no pocos de ellos en los Estados Unidos) nunca la ha comprendido. Se han escrito libros que enseñan "cómo leer a Lévi-Strauss". Edmund Leach, todo un profesional, aseguraba que Lévi-Strauss le parecía fascinante, incluso en los momentos en que no podía comprenderlo<sup>6</sup>.

Para ser honesto, admito que yo también llegué a pensar que Lévi-Strauss era lo máximo, aunque más no fuese por la mediocridad de los marcos que se presentaban como sus rivales. Durante un tiempo la alternativa en nuestro país se llamó fenomenología, y por más defectos que se le encuentren a Lévi-Strauss entre él y la etnología tautegórica hay una diferencia abismal de trabajo, de poesía y de imaginación; Lévi-Strauss fue una de las pocas cosas que alcanzó a entrar antes de los años oscuros, y sus coqueteos con el marxismo le confería una cierta aura de ilegitimidad. Todos le perdonábamos sus *boutades* y sus lagunas, sus extravagancias y sus ambigüedades, calificadas como las licencias poéticas que podían excusarse a un genio.

Pensé que Lévi-Strauss era supremo hasta que pude percibir que lo suyo no se situaba, como se creía, en las cumbres de la teoría sino mucho más acá; y que él había producido algo que se parecía a un simulacro de despliegue metodológico, o en el mejor de los casos un método tan mal caracterizado que nadie más lo podría implementar. Aquí afirmaré que, en efecto, Lévi-Strauss no ha desarrollado un método *replicable*, y que es dudoso que haya plasmado uno que funcione aunque más no fuere en sus propias manos. El problema con todo esto es que se llegue a pensar que con el fracaso del estructuralismo levistraussiano está implicado el fracaso de todo abordaje sistemático que se constituya alrededor de problemáticas semejantes. El problema no es el estructuralismo, ni los proyectos que buscan rigor metodológico; el problema es Lévi-Strauss.

Con Lévi-Strauss nos encontraremos ante un diagnóstico distinto que el que fuera el caso con otros investigadores a los que ya hicimos alusión; mientras que la mayoría de los autores de la línea interpretativa aboga más o menos frontalmente por la aniquilación del método o su subordinación a otros intereses (retóricos, ideológicos, estéticos), con Lévi-Strauss nos hallamos frente a un autor que asume una postura que se alega científica, y que en ocasiones llega hasta el científicismo. Extendiendo un símil que podría haber sido levistraussiano, diríamos mientras en aquella primera instancia se afirma que todo método es un fingimiento, en ésta se finge escrupulosamente que se está desarrollando un método. Es más: la obra más importante de Lévi-Strauss, los cuatro volúmenes de las *Mitológicas*, es nada más que el pausado despliegue de un método que nadie

---

<sup>6</sup> Cuando Lévi-Strauss dio una conferencia en la Huxley Memorial Lecture de 1965, Leach comentó luego en público que no tenía idea de por qué había asistido tanta gente, puesto que posiblemente sólo él y unos pocos más podrían haberla entendido.

podría reproducir sin compartir sus gruesos errores conceptuales. Y aquí yo voy a cuestionar que ese método incluso lo sea, pues entiendo que *no es un método* una pauta de trabajo que no establece claramente sus reglas de juego, *no es un método* un conjunto de procedimientos no aplicable, y *no es un método* un procedimiento que, aún en el caso de que pudiera aplicarse, produciría, operando sobre un mismo objeto, tantos resultados analíticos diferentes como se quisiera.

Si Lévi-Strauss ha llegado a identificarse con el estructuralismo, ello se debe a que en principio extrapoló (o creyó extrapolar) a la antropología los métodos y los principios de la lingüística estructural, identificada a su vez por él con los lineamientos de una escuela lingüística estructuralista en particular, la Escuela de Praga. Hacia el final de las *Mitológicas* Lévi-Strauss dejó algún registro de su conocimiento de las matemáticas estructuralistas, pero estas insinuaciones son incidentales. Aunque hay en él otras influencias señalables (la teoría de la comunicación, la semiología, la cibernética), comprender los aspectos básicos del modelo lingüístico de la Escuela de Praga es fundamental si se quiere entender el estructuralismo levistraussiano.

En lo que se refiere a la extrapolación del modelo lingüístico, por empezar, no incurriré en el portentoso error metodológico que perpetran todos los antropólogos que creen "enseñar estructuralismo": describir el modelo estructuralista en lingüística según la espantosa y sesgada versión que de él da el propio Lévi-Strauss. Hay editados suficientes textos de lingüística como para que ese modelo pueda ser descripto conforme a sus fuentes auténticas. Si nos basáramos en el relato heroico de Lévi-Strauss, no podríamos juzgar la corrección formal de sus proyecciones, la adecuación semántica de sus analogías ni la originalidad de su aporte.

En estas clases pondré severamente en tela de juicio los alcances del método estructuralista según Lévi-Strauss. Sostendré a este respecto las siguientes hipótesis, que ahora enumero, después desarrollo y finalmente ratifico:

- La extrapolación del método lingüístico a la antropología es formalmente incorrecto: se aplica a un objeto inapropiado, desarrolla analogías infundadas y define "sistemas" cuya articulación interna es incierta y que son incapaces de cubrir exhaustivamente su objeto.

- La analogía lingüística es semánticamente empobrecedora: no obstante aplicarse a un objeto más rico, desarrolla estructuraciones más simples que las de su matriz lingüística. Mientras que en lingüística las formas de relación eran tan ricas que merecían ser clasificadas, en antropología sólo se aplica mecánicamente una (la oposición binaria), y algo más tarde otra (la mediación), que están claramente mal planteadas ambas.

- Lejos de constituir algo así como el estructuralismo en su estado puro o por excelencia, la versión de Lévi-Strauss es una completa perversión del pensamiento estructuralista en matemáticas, el cual, por supuesto, es también cronológicamente anterior. Mientras el estructuralismo matemático brinda mucha materia de inspiración a la antropología, la concepción distorsionada de Lévi-Strauss no hace más, a mi juicio, que precipitarla en una enorme serie de problemas mal planteados y peor resueltos. De los textos de Lévi-Strauss, sin duda brillantes y maravillosamente escritos, el antropólogo puede todavía sacar un inmenso caudal de ideas; el problema comienza cuando Lévi-Strauss cree estar desarrollando un método y cuando el antropólogo pretende hacerlo funcionar. Y sobre este problema habremos de concentrarnos, aunque para ello sea preciso incursionar un poco en la lingüística, que es donde en apariencia el método se origina.

Como bien se sabe, el modelo fonológico gira en torno de la noción de sistema. En la fonología, que constituye el nivel de análisis más frecuentado por la Escuela de Praga, este sistema se define

como un conjunto de relaciones funcionales entre los fonemas que constituyen el inventario fonológico de una lengua. Esto se puede exponer de otra manera: los fonemas de una lengua constituyen, de acuerdo con sus relaciones diferenciales u opositivas, un sistema. No se trata de un amontonamiento de entidades heterogéneas, sino de un conjunto homogéneo y ordenado.

Decir que algo es un sistema impone identificar las relaciones entre sus elementos. Para caracterizar este sistema hace falta no sólo reducir los innumerables fenómenos sonoros a un conjunto restringido de elementos, sino establecer la naturaleza precisa de sus relaciones y delimitar las clases de relaciones que estructuran el sistema. Este es el logro de Trubetzkoy, continuado luego por Jakobson con ciertas importantes alteraciones. El sistema no se encuentra en los fenómenos observables, sino que está como si fuera oculto, en un plano subyacente, lo que obliga a plantear el análisis a cierto nivel de abstracción. Aquí comienzan las dificultades, ya que no tratamos con la realidad etnográfica en bruto, sino con un modelo que el antropólogo abstrae a partir de ella.

Ahora bien, no hay que dejarse impresionar demasiado por los rigores aparentes del modelo lingüístico y por los aparatosos gestos de Lévi-Strauss, quien llegó a decir que la teoría de la escuela de Praga representaba para la lingüística un logro equivalente a lo que la física nuclear representó para las ciencias de la naturaleza. A pesar de lo especializado del asunto, la cosa es más modesta, *mucho* más modesta. Tal como llegó a esbozarlo Trubetzkoy el modelo lingüístico no constituye lo que se dice una axiomática rigurosa, sino una primera serie de intentos aproximativos. En cada artículo, en cada formulación, Trubetzkoy aplica criterios constructivos diferentes, sin llegar a una elaboración definitiva del modelo. El lenguaje en que está presentado el modelo de Trubetzkoy es bastante confuso, y algunas denominaciones distan de ser apropiadas. Pongamos algunos ejemplos.

Cuando Trubetzkoy define las clases de relaciones, caracteriza primero una propiedad opositiva, la *correlación*, en base a la identificación de pares correlativos. En una correlación, uno de los miembros está caracterizado por una propiedad de la que el otro miembro carece (p.ej. sonoridad). En el interior del sistema se pueden trazar series de correlaciones. En este ejemplo el rasgo considerado es la sonoridad:

/p/ /t/ /k/ /f/

/b/ /d/ /g/ /v/

En otro contexto, Trubetzkoy estableció un conjunto de relaciones más rico que el de las simples correlaciones, aunque por desdicha su enumeración no es ni exhaustiva ni sistemática. De todas maneras, las relaciones identificadas por Trubetzkoy son bastante más jugosas y articuladas que su homóloga antropológica (la "oposición binaria"), derivada más bien de Jakobson.

Trubetzkoy ha definido oposiciones *multilaterales* y *bilaterales*, oposiciones *aisladas*, oposiciones *proporcionales*. Se dice que una oposición es multilateral cuando hay otros elementos en el sistema que comparten algunos de los rasgos considerados. P.ej.: dado el par /b/ y /d/, está claro que en otros elementos, como ser /g/ aparecen los rasgos de sonoridad y oclusividad. Se dice en cambio que una oposición es bilateral cuando se presentan casos que manifiestan diferencias específicas; p.ej. /t/ y /d/, en alemán o francés, son las únicas oclusivas dentales del sistema.

Una oposición es proporcional cuando hay otros pares en el sistema a los que se aplica la misma diferencia: /p/ y /b/; /t/ y /d/; /k/ y /g/. Y una oposición es finalmente aislada, cuando ningún otro par presenta la misma relación diferencial interna: /r/ y /l/.

La estructura de un sistema fonológico depende de la repartición de los diversos tipos de oposición. Un sistema -dice Trubetzkoy- será tanto más simple (y por ende, sistemático) cuantas más oposiciones multilaterales y proporcionales posea. El problema que se va manifestando es que en algún momento se advierte que el conjunto de las oposiciones e indiferencias no es en sí mismo sistemático, y que a medida que se contemplan diferentes casos lingüísticos aparecen clases de relaciones específicas y residuales: oposiciones "privativas", "graduales", "equipolentes" etc. Muchas de estas oposiciones se solapan, y a menudo es imposible saber ante qué diferencia nos hallamos y para qué sirve identificar en última instancia el tipo de oposición que se presenta entre *n* elementos.

Algunas de las medidas de pata más formidables de Lévi-Strauss tienen su origen en las contradicciones del modelo fonológico. Pongamos una: un análisis estructural nada puede decir sobre la mente que produce el objeto que se estudia, pues se ocupa de una estructura inherente, no de una ontología del objeto o de una génesis trascendental. Trubetzkoy a veces se atenía a esta regla de oro. En sus *Principios de Fonología* el rechazo a la psicología es total. Decía: "Es preciso evitar recurrir a la psicología para definir el fonema: ésta es una noción lingüística y no psicológica. El fonema es, ante todo, un concepto funcional que debe ser definido en relación con su función. No podemos obtener su definición mediante conceptos psicológicos" (2ª edición francesa, 1957, p.33). Sin embargo, poco después se olvida de su propio purismo y remite el análisis fonológico a la dimensión de lo inconsciente, que es una dimensión tan ligada a la psicología como la de la conciencia. Lévi-Strauss es todavía más transgresor; en el *El Pensamiento Salvaje* (1964), saltando alegremente etapas de razonamiento y de demostración, confunde en una sola cosa la estructura de los productos del pensamiento y la mente humana. Ya en el mismo título pone en foco entidades sobre las que un análisis estructural riguroso nada puede decir.

Trubetzkoy fallece en 1938, antes que Lévi-Strauss tomara contacto con el modelo fonológico de Praga. Este modelo le llega en realidad por mediación de Roman Jakobson, exiliado como él en los Estados Unidos. Jakobson y Lévi-Strauss se encuentran en Nueva York en 1941, y comienzan a discutir entonces la posibilidad de elaborar un método de análisis cultural basado en la fonología.

Sin embargo, las posibilidades de extrapolar el método a la antropología ya había sido considerada por Jakobson muchos años antes de conocer a Lévi-Strauss. En una documentación poco conocida, la correspondencia entre Trubetzkoy y Jakobson, publicada recién en 1975, el segundo contesta a una carta del primero fechada el 31 de julio de 1930:

"Cada vez me convengo más de que su idea respecto de la correlación como una relación mutua constante entre un tipo marcado y otro no marcado es uno de sus conceptos más notables y fructíferos. [...] Me parece que es significativo no sólo para la lingüística sino también para la etnología y la historia de la cultura, y que correlaciones histórico-culturales tales como vida/muerte, libertad/no libertad, pecado/virtud, días festivos/días laborables etc siempre se limitan a relaciones de 'a/no-a' y que es importante averiguar cuál es el elemento marcado para cada época, grupo, nación, etc." (1975:163)

Sin pretender menoscabar la originalidad del aporte de Lévi-Strauss, hay que señalar mientras tanto que éste no había ni siquiera terminado sus estudios de filosofía (1931), ni realizado su experiencia de campo en Brasil (1934-38). Tenemos aquí algo que preanuncia el programa de las *Mitológicas*, pero nada menos que 34 años antes.

Lévi-Strauss comienza a elaborar la aplicación del método lingüística al análisis cultural en un artículo de la revista *Word* (vol.1, nº 2) de agosto de 1945. La revista se edita por cuenta del círculo lingüístico de Nueva York, y el artículo, "*El análisis estructural en lingüística y en antropología*",

contemporáneo exacto del bombardeo a Hiroshima, es el mismo en el que se incluye la poco feliz comparación del método fonológico con la física nuclear.

Afirma Lévi-Strauss que la lingüística es, entre todas las ciencias sociales, la más avanzada, la única que puede reivindicar el nombre de ciencia, la que posee el objeto mejor delimitado y los métodos más rigurosos. Hasta hace poco -continúa- la antropología sólo podía extraer de la lingüística ciertas lecciones ocasionales: nada permitía adivinar una revelación. La fonología (identificada con el método de la escuela de Praga) ha modificado esta situación.

Es llamativo que Lévi-Strauss no se base en los famosos *Principios* de Trubetzkoy de 1938 (a los que no menciona y, según creo, a los que no conocía por entonces) sino en un artículo breve de 1933, en el que Trubetzkoy expone el método fonológico como consistente en cuatro etapas.

- 1. La fonología pasa del estudio de los fenómenos lingüísticos "conscientes" al de su estructura "inconsciente".
- 2. Rehúsa tratar los términos y se basa en las "relaciones" entre ellos.
- 3. Introduce la noción de "sistema" mostrando su estructura total.
- 4. Busca descubrir leyes generales subyacentes a los fenómenos observables.

En el estudio del parentesco, y también en otros, sin duda, el antropólogo se encuentra según Lévi-Strauss en una situación semejante a la del fonólogo:

- Al igual que los fonemas, los términos de parentesco son fenómenos de significación.
- Como ellos, adquieren significación a condición de integrarse en sistemas.
- Los sistemas de parentesco son elaborados por el espíritu [es decir, por la mente] en el plano del pensamiento inconsciente.
- La recurrencia universal de esos sistemas permite creer en la actuación de leyes ocultas.

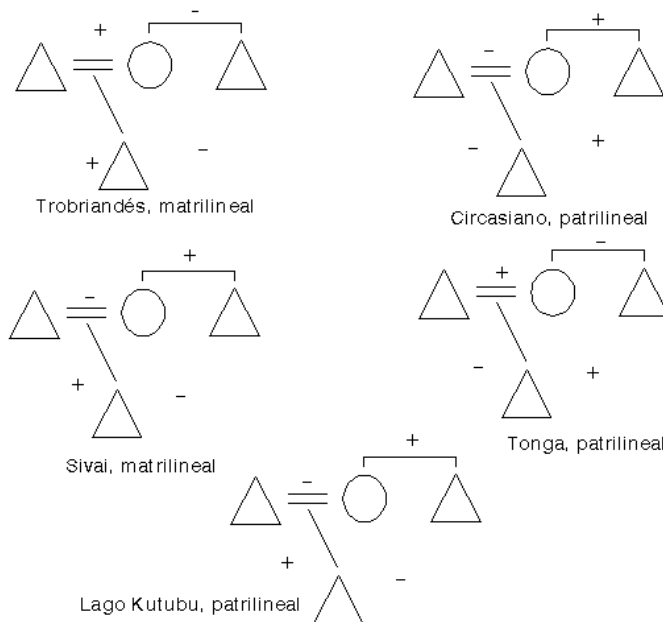
Hoy en día (escribe en 1945) el estudio del parentesco se encuentra aproximadamente en la misma etapa en que se encontraba la lingüística en vísperas de la revolución fonológica. Podría postularse, sin más, una extrapolación de los métodos de una ciencia a otra. Pero -prosigue- no se puede aplicar el método mecánicamente, igualando los términos de parentesco a los fonemas en base a sus elementos diferenciales y a sus oposiciones (p. ej. generación, sexo, edad relativa, afinidad). Este procedimiento sería analítico sólo en apariencia, ya que el sistema obtenido sería mucho más complicado y difícil de interpretar que los datos originales de la experiencia<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> En una nota al pie de 1958, Lévi-Strauss se refiere expresamente a los análisis componenciales practicados por Goodenough y Lounsbury, quienes independientemente de él proyectaron los métodos estructuralistas desde la fonología a la semántica. Lo que no deja claro Lévi-Strauss es que el análisis componencial sí se propone analizar los términos, mientras que él acaba analizando las actitudes.

Lévi-Strauss no se ha de ocupar de los términos de parentesco, sino de las actitudes, procurando definir el sistema de actitudes de la conducta recíproca.

Propone entonces concentrarse sobre el sistema de actitudes ligadas al parentesco, definiendo para empezar la estructura parental más simple que pueda concebirse, a la que llama pomposamente "el átomo de parentesco". Esta estructura es el avunculado, que incluye cuatro términos: hermano, hermana, padre, hijo. Estos cuatro términos están unidos entre sí por los tres tipos de relaciones familiares que deben existir siempre en una sociedad humana: una relación de consanguinidad, una de alianza y una de filiación.



El llamado "problema del avunculado" ya había sido abordado innumerables veces por la antropología, entre ellas por Radcliffe-Brown en la década del 20. Según este antropólogo, el término "avunculado" recubre dos sistemas de actitudes contrapuestas: en un caso, el tío materno representa la autoridad familiar, y es temido, obedecido y respetado por el sobrino; en el otro, el sobrino adopta hacia su tío una actitud de familiaridad y lo toma más o menos como a una víctima. En segundo orden, en lo que concierne a la relación con el padre, se da una relación

muy curiosa: en los grupos en los que la relación con el tío materno es familiar, la relación entre padre e hijo es rigurosa; y a la inversa, donde la relación con el tío es rigurosa, la relación entre padre e hijo es familiar.

Radcliffe-Brown proporcionaba una interpretación de este fenómeno peculiar, explicando los hechos según el tipo de filiación que se diera en el grupo: en las sociedades matrilineales el tío materno encarna la autoridad, y las relaciones de familiaridad se fijan sobre la línea paterna; por el contrario, en las sociedades patrilineales, el tío materno es considerado como una "madre masculina", a la que se trata con la misma familiaridad que a la propia madre.

Según Lévi-Strauss, la interpretación de Radcliffe-Brown adolece de algunos problemas: el avunculado no aparece en todos los sistemas matrilineales y patrilineales, y a veces se da en sistemas que no son ni una cosa ni la otra. Además, la relación avuncular no es entre dos términos, sino entre cuatro: hermana, hermano, cuñado y sobrino. Siempre de acuerdo con Lévi-Strauss, la interpretación de Radcliffe-Brown "aisla arbitrariamente ciertos elementos de una estructura global, que debe ser tratada como tal".

Considerando unos cuantos ejemplos etnográficos que gracias a Dios no vienen al caso, y caracterizando las relaciones joviales y familiares con el signo '+' y las relaciones hostiles, antagónicas o reservadas con '-', Lévi-Strauss encuentra una constante universal: la relación entre tío materno y sobrino es a la relación entre hermano y hermana, como la relación entre padre e hijo es a la relación

entre marido y mujer. De tal manera, que conociendo un par [cualquiera] de relaciones, sería posible siempre deducir el otro par.

La reinterpretación de Lévi-Strauss adolece de innumerables defectos metodológicos, algunos de los cuales son extensivos a su propia caracterización del problema. El avunculado no ha sido, tampoco, un problema acuciante de los estudios de parentesco, y me inclino a pensar que Lévi-Strauss dramatiza su importancia para que el ejemplo luzca como un logro de cierta trascendencia. Pero dejémoslo pasar. Veamos nada más que algunos aspectos oscuros de esta elaboración en particular. Quien tenga voluntad puede ocupar largas horas en enumerar otros defectos, errores e inconsistencias, que tienen que ver sobre todo con el hecho de que se define un problema y se ataca otro, se cambian y se mezclan sobre la marcha las definiciones de los conceptos, y se formulan principios que luego no se aplican.

1) Que el avunculado no esté presente en todas las sociedades patrilineales y matrilineales y que en cambio sí aparezca en sociedades que no son una cosa ni la otra no anula la explicación de Radcliffe-Brown que se refiere a los casos de avunculado en algunos de los tipos mencionados. Que las relaciones que aparecen en una sociedad o patrilineal no sea la que corresponde a la teoría sí lo contradice; pero Lévi-Strauss no llama la atención a este respecto aunque efectivamente haya casos en que la explicación de Radcliffe-Brown no se cumple.

2) Las buenas matemáticas inducen a creer que entre cuatro términos no hay cuatro relaciones, sino, lamentablemente, seis<sup>8</sup>. Esta es una consecuencia de la vieja fórmula matemática de los exponenciales. Para proceder a su demostración, Lévi-Strauss también "aisla arbitrariamente ciertos elementos de una estructura global" para que su demostración sea más contundente. Saca del plato sin mayor rebozo la relación entre la madre y el hijo y la relación entre los cuñados, considerándolas implícitamente irrelevantes. Entre los que han cuestionado los métodos levistraussianos, al parecer, nadie se dio cuenta de esta impresionante gaffe; tampoco es verdad que las relaciones faltantes sean estructuralmente secundarias: una de las relaciones efectivamente consideradas, la de tío-sobrino, también lo sería, ya que no pertenece ni al orden de la consanguinidad, ni al de la filiación, ni al de la alianza, que serían los tres órdenes básicos que según él mismo definen la esencia de toda estructura de parentesco.

3) Metodológicamente, reducir el carácter de las relaciones familiares al signo '+' y las antagónicas al signo '-', involucra un verdadero atropello a la interpretación de los hechos: Este procedimiento presupone, en primer lugar, que la información etnográfica permite llegar a una evaluación no problemática de todos los casos, y que los referentes de una descripción se pueden calificar fácil y unívocamente como de un signo o de otro, sin que se presenten dudas, ambigüedades, transformaciones en función del tiempo o matices intermedios, y sin que las relaciones entre parientes, como en la vida real, tengan aspectos positivos, negativos y neutros humanamente entremezclados. En segundo orden, presupone que en cada sociedad rige un solo patrón de conducta, que todo el mundo acata con absoluta unanimidad, sin que se presente lo que se ha dado en llamar "variación intracultural". En tercer lugar, la dualidad de las asignaciones posibles hace que conductas de manifiesta diversidad (una tenue animadversión y una relación patológicamente violenta, por ejemplo) queden clasificadas como analíticamente iguales. En cuarto lugar, cuando la información etnográfica es con-

---

<sup>8</sup> Y probablemente sean 12, ya que en la vida real, a diferencia de lo que es el caso en las matemáticas, la relación entre A y B no necesariamente es la misma que entre B y A.

tradictoria o indecible, siempre se puede escapar por alguna tangente para ponerle a la tribu y relación que sea el signo que se quiera; cuando otros etnógrafos discreparon con las atribuciones significativas de Lévi-Strauss, éste encontró en seguida párrafos sueltos y aspectos de las complejas relaciones humanas que podían más o menos interpretarse para el lado que él quería.

4) Lévi-Strauss afirmaba antes que "los términos de parentesco son fenómenos de significación", al igual que los fonemas. Aquí urgen dos aclaraciones. Primero, los fonemas no son, en rigor, portadores de significado; el nivel de análisis que en lingüística tiene que ver con el significado es el plano semántico, y no el fonológico. Los fonemas sirven (en la concepción funcionalista de la Escuela de Praga) para diferenciar significados, pero no portan significado ellos mismos. Lévi-Strauss confunde, por lo visto, dos articulaciones diferentes del lenguaje: una, construida en función de elementos formales sin significado propio, susceptible de ser abordado por el método estructural; la otra, atinente al significado, y difícilmente abordable en esos términos. Segunda, en la elaboración levistraussiana es imposible determinar en qué nivel de análisis puede garantizarse la propiedad del método, ya que no está clara cuál pueda ser la función "diferencial" de los términos de parentesco; también se ignora si la doble articulación característica del lenguaje puede postularse a propósito del parentesco y cómo se inserta el problema de la significación en todo esto.

5) Decía Lévi-Strauss que "los sistemas de parentesco son elaborados por el espíritu en el plano del pensamiento inconsciente". Yo opino más bien que ningún análisis levistraussiano deslinda lo que él considera que es el "inconsciente". Ninguna verificación empírica verifica que las estructuras y procesos que analíticamente establece el antropólogo tengan un correlato intencional o pre-intencional en los actores sociales. Lévi-Strauss no estudia el inconsciente con ninguna herramienta que confirme la identidad entre sus interpretaciones y lo que realmente pasa en la mente de alguien. El "inconsciente" del otro no es más que la conciencia del antropólogo, que establece diferencias sobre un producto cultural sin analizar en absoluto la mente que lo produce, o los procesos mentales concretos de los que se deriva, o las distancias que median entre la conciencia (o la inconciencia) de las personas individuales y la dimensión colectiva de la cultura. Apliquemos esa observación de Lévi-Strauss al desarrollo concreto que estamos revisando. "Los sistemas de parentesco...": ¿de qué sistemas está hablando? Lo que cabe revisar aquí, según sus propias palabras, es el sistema de actitudes; y estas actitudes, lejos de ser entidades inconscientes, no son otra cosa que conductas manifiestas y observables. Si se arguye ahora que las conductas pertenecen al plano de lo inconsciente, he aquí entonces un nuevo y extravagante fragmento de teoría psicológica.

5) Finalmente, aunque Lévi-Strauss descubre en apariencia algo que podría llegar a considerarse una estructura, ni por asomo aporta algo que se parezca a una explicación. Una *explicación* genuina de las actitudes tendría carácter genético, psicológico, o cualquier cosa, *excepto* estructural. Confundir un análisis estructural con una explicación implica confundir entre la configuración de una cosa y su génesis. Después de Lévi-Strauss sabemos tanto el por qué de las contraposiciones avunculares como sabíamos antes, con Radcliffe-Brown, y peor aún: en caso que el hallazgo levistraussiano de los signos contrapuestos corresponda a un fenómeno real (lo que afortunadamente no parece ser el caso) tendríamos ya no que explicar el cruzamiento que intrigaba a Radcliffe-Brown, sino la nueva contraposición descubierta. Que Lévi-Strauss considere que ha explicado estructuralmente el dilema (o que crea que su razonamiento y el de Radcliffe-Brown se refieren al mismo planteamiento del problema) me parece realmente asombroso.

En el mismo artículo de 1945 que estamos comentando se encuentra en germen una idea de Lévi-Strauss que le llevaría a acometer un ejercicio mayor de analogía entre los sistemas de parentesco



y los lenguajes. "El parentesco -dice- es un lenguaje". Esta idea se complementa con otra: los hombres intercambian mujeres; de este intercambio se derivan las contraprestaciones, las reciprocidades y los vínculos que podemos subsumir bajo el rubro de cultura. Es más, la cultura misma se origina en ese intercambio, en ese renunciamiento al acceso carnal con las mujeres inicialmente propias: hijas y hermanas.

Lévi-Strauss asimila el intercambio de mujeres con el intercambio de mensajes que se da a nivel de la lengua; de allí que en alguna medida, al apropiarse de los principios de la teoría de la comunicación, el análisis antropológico sea también un análisis semiológico. Para Peirce -recordemos- el hombre es un signo; para Lévi-Strauss, la mujer inicial y eminentemente lo es. Tengamos precaución del punto hasta el cual conviene llevar la crítica. Esta analogía no puede desecharse sobre la base empírica de que las mujeres y los mensajes son cosas distintas; es legítimo interpretar la realidad a través de analogías y metáforas. La cuestión radica más bien en analizar si la analogía es correcta, y si las heurísticas que se derivan de su aplicación son o no productivas. No hay regla proyectiva de aplicación general. Hay que averiguar caso por caso cuán lejos se pueden llevar las analogías antes que la investigación se despiste en trivialidades, y, antes que eso, si se las puede comenzar a aplicar definiendo problemas sustantivos más que pseudoproblemas.

Perry Anderson y Ernest Gellner formularon cuestionamientos parecidos a propósito de la diferencia que media entre los dos sentidos que la palabra *intercambio* asume cuando se habla de intercambios de mujeres y de intercambios lingüísticos. En ambos casos el problema se origina en el hecho de que, pese a parecer ligado al punto de origen de la metáfora, el "intercambio" de palabras que en apariencia se da en el lenguaje presupone de por sí una metáfora incorrecta proyectada desde otro orden de fenómenos. Estrictamente, las palabras no se intercambian, porque carecen de valor material y no se enajenan a quien las enuncia. Es el intercambio de palabras (y no el de mujeres) el que suscita una descripción figurada.

Las objeciones señaladas hacen que resalte la impropiedad del símil en el momento en que se enuncian cosas tales como que "el parentesco es un lenguaje", o en el que se considera que el tratamiento "lingüístico" de los hechos de parentesco es en principio una forma de análisis naturalmente ligada a la esencia del fenómeno que se indaga, y por ello una analítica privilegiada por un poder de esclarecimiento que no es puramente formal, y que por ello puede arriesgar incluso hipótesis de orden genético.

Desde nuestro punto de vista, no interesa tanto que el parentesco y el lenguaje sean abordables con las mismas herramientas de análisis estructural, como que estas herramientas se apliquen adecuadamente. Lo primero que salta a la vista, es que Lévi-Strauss no alcanza a elucidar cuál es el nivel en el que la noción de sistema deviene operable. El sistema ¿cubre a todas las estructuras de parentesco, o tan sólo al avunculado (o a las "formas elementales")? En el caso de que sólo algunas modalidades y campos del parentesco sean sistemáticas, entonces, por propia definición, no se da la analogía necesaria entre parentesco y lenguaje.

En lingüística nos encontramos con una situación diferente. Esta no se debe sólo al "estado más avanzado" de las prácticas disciplinares, ni a la "mayor simplicidad" del objeto, sino ante todo a la mayor adecuación del método. El sistema fonológico es exhaustivo. No existen en el nivel correspondiente de la lengua empírica más entidades que las que el sistema descubre, analiza y sitúa. No sucede lo mismo con su aplicación antropológica. Mientras que en lingüística existen unos pocos niveles interactuantes, en etnografía ignoramos con cuántos sistemas nos hemos de encontrar, y carecemos de una marca formal que nos indique que la totalidad del nivel de análisis co-

respondiente ha sido sistematizado. Un análisis fonológico puede estipular veinte consonantes en una lengua, otro más, dieciocho o veintidós; los métodos no son perfectos, pero de todas maneras las cifras son siempre más o menos del mismo orden ¿Puede decirse algo parecido de los sistemas de la etnografía?

## El análisis estructural de los mitos

En lo que concierne al análisis estructural de los mitos, capítulo en el que el presunto método llega a su culminación<sup>9</sup>, podríamos proponer dar vuelta en contra de la presentación del método sus innumerables manejos retóricos, sus distinciones analíticas inútiles, sus decisiones arbitrarias, sus contradicciones internas. Como en el análisis del mito de Edipo (el célebre capítulo XI de la *Antropología Estructural*), podríamos situar los errores y falacias del análisis en un tablero paradigmático de trampas retóricas. La pregunta que podríamos dirigirle al método es: ¿qué es lo que queda de útil y valedero en el análisis estructural luego de descartados sus errores?

La mayoría de los antropólogos ni siquiera advierte las arbitrariedades de Lévi-Strauss, o si las advierte (cosa que dudo) no las considera fatales. Yo, por el contrario, pienso que el método jamás funcionó, y que su descripción se erige como uno de los mayores monumentos a la falsa conciencia científica de toda la antropología. No creo que haya, en toda la exposición del método del capítulo XI una sola aserción fundamental que sea formalmente correcta. No hay en él ni en ninguna otra exposición del método un encadenamiento lógico de ideas, sino una portentosa simulación. He publicado un texto que se titula "Seis Razones Lógicas para Desconfiar de Lévi-Strauss" (*Revista de Antropología*, N° 10, 1991) creo que las razones para esa desconfianza no son seis, sino muchas más, y que cualquier analista con los ojos abiertos puede descubrirlas por docenas al compás de los textos estructuralistas. Consulten esas críticas y corroboren que, en lo que sigue, no me he visto en la necesidad de repetir ninguna.

Comencemos ahora una especie de contrapunto con el material levistraussiano que ustedes han de leer. Tomemos, para empezar, la frase donde Lévi-Strauss dice:

"... el lugar que ocupa el mito en la escala de los modos de producción lingüística es el opuesto al de la poesía, pese a lo que haya podido decirse para aproximar uno a la otra. La poesía es una forma de lenguaje extremadamente difícil de traducir en una lengua extranjera, y toda traducción entrafña múltiples deformaciones. El valor del mito como mito, por el contrario, persiste a despecho de la peor traducción. Sea cual fuere nuestra ignorancia de la lengua y la cultura de la población donde se lo ha recogido, un mito es percibido como mito por cualquier lector, en el mundo entero." (p.190)

¿Cómo interpretar estas afirmaciones? ¿A qué obedecen? Las falacias y las trampas son tantas que es difícil decidir por dónde empezar. Pasemos por alto, sin embargo, el hecho ostensible que la poesía puede ser percibida también como poesía "por cualquier lector, en el mundo entero" y que el valor de la poesía como poesía también "persiste a despecho de la peor traducción". Otras ofensas a la inteligencia del lector son más irritantes. Tal como vendrá barajado su procedimiento, Lévi-Strauss está metodológicamente obligado a *parafrasear* el mito, a reemplazar la narración original por su propia selección, por su propia concepción de lo que en el mito es narrativamente relevante.

---

<sup>9</sup> Los antropólogos ingleses, que algo sabían del asunto, no apreciaron positivamente los escarceos de Lévi-Strauss con el parentesco; incluso para Edmund Leach, admirador deslumbrado y acrítico de los ejercicios levistraussianos, la analítica estructural del parentesco era poco interesante y tal vez fallida.

No es el mito lo que se analiza, sino la paráfrasis, afirmando que ella constituye algo así como un nivel subyacente.

Antes de poder suplantar el mito por su propio objeto de análisis, más manipulable, Lévi-Strauss debe hacer que el lector subestime factores tales como la fidelidad lingüística, la precisión semántica y hasta la estructura discursiva. Se le hace fácil negar valores poéticos al mito, porque la narración mítica se sitúa, literariamente, fuera de nuestra propia tradición lingüística y cultural. Por eso Lévi-Strauss afirmará, pocos renglones después, arrojando todo escrúpulo filológico por la borda, que cualquier versión del mito vale lo mismo: es igual entonces el mito originario, con todos sus meandros narrativos, que la versión que el propio analista quiera postular como punto de arranque del análisis. El colmo de todo esto queda ejemplificado en el primer análisis estructural que se nos presenta, el del mito de Edipo, en el cual el mito sobre el que se ejecuta el análisis ni siquiera es expuesto. Todo el mundo lo conoce; o, como creo yo, todo el mundo lo desconoce, por lo menos lo suficiente para que Lévi-Strauss pueda hacer campear su arbitrariedad. (Entre paréntesis, podríamos observar que no existe tal cosa como "el mito de Edipo": lo que Lévi-Strauss considera como tal es una narración literaria, cuyas fuentes se remontan al *Edipo Rey* de Sófocles, la obra de un intelectual, y a referencias dispersas en los poemas homéricos, que en apariencia remiten, en forma confusa, a acontecimientos históricos).

Aún cuando más adelante, en las *Mitológicas*, Lévi-Strauss transcriba los mitos, la analítica habrá de operar sobre los aspectos de la narración que a él se le dé la gana, sin que se sienta obligado a dar cuenta de todos los aspectos narrativos o (si eso no es posible) sin fijar ningún criterio para tomar algunos elementos de base en lugar de otros. Hay un proceso de cambio en la analítica levi-straussiana que confirma lo dicho: mientras que en la presentación del método el análisis se opera sobre **un** mito (presumiendo que el tratamiento propuesto es capaz de desvelar su estructura, en el comienzo de las *Mitológicas* el objeto de análisis ya no es un mito, sino **una mitología**, y al final del texto, **todas** las mitologías que sean necesarias para cerrar el balance de las oposiciones binarias y las mediaciones. En las frecuentes entrevistas periodísticas, mientras tanto, y en aras de un comprensible didactismo, el método se estipulará aplicable incluso a pedazos de mito, si eso es oportuno. Muy fácil será fingir que se dispone de un método, cuando hasta el objeto sobre el cual se aplica es incierto.

Sigamos adelante con la presentación del método y analicemos la forma en que Lévi-Strauss define las unidades de análisis.

"... a los elementos propios del mito ... los llamaremos: unidades constitutivas mayores. ¿Cómo se procederá para reconocer y aislar estas grandes unidades constitutivas o 'mitemas'? Sabemos que no son asimilables ni a los fonemas ni a los morfemas ni a los semantemas, sino que se ubican en un nivel más elevado: de lo contrario, el mito no podría distinguirse de otra forma cualquiera del discurso. Será necesario, entonces, buscarlas en el plano de la frase" (p. 191).

En esta propuesta se esconde otra pequeña trampa, amén de otras triquiñuelas menores, derivadas del hecho de que Lévi-Strauss no puede mantener la boca cerrada y necesita desparramar observaciones casuales a las que después recurrirá como si hubiera ido demostrando algo. Se nos insinúa, por ejemplo, que en el mito las unidades pertinentes se sitúan *en el plano de la frase*, mientras que en otras formas del discurso parecería que no es así; pero el problema ni remotamente se desarrolla.

Ahora bien, cualquier estudiante de lingüística sabe que el plano de la frase no es relevante ni adecuado cuando se trata de indagar la significación de un texto o discurso. Más aún, los lineamientos significativos de un texto o discurso no guardan relación con ninguna unidad

lingüística identificable. Una frase puede decir: "*Yo también*" o "*Eso no es cierto*"; el significado de esas entidades impone considerar aspectos deícticos, que apuntan hacia afuera del discurso, y complejos aspectos contextuales (anáforas, catáforas), que tienen que ver con la forma en que las frases apuntan al entramado sintagmático que las rodea.

Si bien la lingüística del texto no estaba todavía muy desarrollada cuando Lévi-Strauss propone la fundación del método aplicada a los mitos (1955), en los años siguientes nunca introdujo aclaraciones a este respecto, y siempre aludió a las unidades mitemáticas como elementos sintácticos del nivel de la frase. Sin embargo, él mismo violará esa precondition, como podremos contemplar en los ejemplos que siguen, introduciendo criterios que ni siquiera son ya inherentes al texto (información cultural heterogénea, etimologías, indicios, interpretaciones de terceras partes) y disolviendo su propio discurso a propósito de las "unidades" del análisis (los átomos de mitologicidad) en una pura pérdida de tiempo.

Anotemos cuidadosamente esta observación: Lévi-Strauss aplica un examen presuntamente inspirado en la lingüística a unidades de significación que ni siquiera la lingüística más chapucera jamás reconocería como pertinentes, ni como bien definidas. Y guardemos también esta otra, que resultará aplicable en todo momento de nuestro desarrollo crítico: Lévi-Strauss afirma situarse a nivel de las relaciones sintácticas entre frases, cuando lo que en realidad hace es acomodar en un solo tipo de relación invariante (la oposición) elementos que corresponden al plano de los significados. Pese a todo lo que se diga, no es en un plano soterrado y oculto de las relaciones sintácticas entre frases donde hinca la cuchara el método, sino en la superficie misma de los significados, sean éstos los que constan en el texto mismo de una versión que no interesa, o los que Lévi-Strauss estime necesario contrabandear después.

Siguiendo adelante con la presentación de referencia, observemos la forma en que Lévi-Strauss construye su carta paradigmática de "haces" de mitemas en la ilustración. No es necesario para evaluar esta analítica conocer textualmente el presunto mito de Edipo, aunque ello sería conveniente para advertir otras transgresiones. Nótese, por ejemplo, que Lévi-Strauss incluye continuaciones encadenadas que no forman parte originariamente del relato básico, como el episodio de Antígona. Los límites entre el mito de Edipo en sí y la mitología que lo rodea son entonces difusos, y es posible sospechar que esto sucede en primer lugar porque el relato mismo nos ha sido escamoteado y en segundo lugar porque la retórica de la demostración así lo requiere.

Veamos primero en qué consisten los mitemas: la mayor parte de ellos son articulaciones narrativas, "hechos" referidos por el relato; sin embargo se han filtrado también apreciaciones evaluativas o clasificatorias (el Dragón y la Esfinge son "monstruos") y hasta etimologías ("Lábdaco" significa "cojo"). A esto se agregarán interpretaciones tal vez dudosas de Marie Delcourt sobre el carácter ctónico de la Esfinge, y otros materiales dispersos. El nombre del padre de Layo es la perla culminante, pues Lábdaco no juega ningún papel en la trama. He aquí la erudición trascendental al servicio de un análisis que debería ser inmanente. Algunos elementos tienen como agregado expreso una constelación de observaciones que serán necesarias para tejer las relaciones pero que no forman parte de la unidad del hecho narrativo como acción: a la búsqueda de Europa por Cadmo (¿es éste el mitema básico?), se agrega que Europa es hermana de Cadmo, y que había sido raptada por Zeus. Todo vale, en tanto sirva, porque el objetivo no es esclarecer el relato sino celebrar las virtudes del método.

También es significativa la ausencia de otros elementos de la narración: el suicidio de Yocasta, el enceguecimiento de Edipo, la fundación de Tebas, el rapto de Europa, la disputa con Tiresias, el

destierro de Edipo. Lévi-Strauss traerá a colación algunos de ellos después, diciendo (sin base) que se trata de "ciertos motivos de las versiones más antiguas" y contrariando su propia observación respecto de la igual relevancia de todas las versiones. Lo concreto es que en el momento de trazar relaciones esos otros episodios no encajarían demasiado bien.

<b>Cadmo busca a su hermana Europa, raptada por Zeus</b>			
		<b>Cadmo mata al dragón</b>	
	<b>Los espartanos se exterminan mutuamente</b>		
			<b>Lábdaco (padre de Layo) = "cojo"</b>
	<b>Edipo mata a su padre Layo</b>		
			<b>Layo (padre de Edipo) = "torcido"</b>
		<b>Edipo inmola a la Esfinge</b>	
			<b>Edipo = "pie hinchado"</b>
<b>Edipo se casa con Yocasta, su madre</b>			
	<b>Etíocles mata a su hermano Polinices</b>		
<b>Antígona entierra a Polinices, su hermano, violando la prohibición</b>			

Obsérvese, además, que la tabla paradigmática no da cuenta de todos los episodios narrativamente relevantes del relato edípico, sino sólo de aquellas instancias que son las más oportunas para dibujar los "haces de relaciones" en los que se entretendrá Lévi-Strauss. Cabría preguntar entonces cuáles son los elementos que el análisis debe tomar como punto de partida y cuáles son las relaciones que hay que establecer entre ellos. Lévi-Strauss sólo mucho más tarde responderá oblicuamente esa pregunta, hacia el final de las *Mitológicas*: el punto de partida de las relaciones y oposiciones es *indecidable*; lo que quiere decir que no hay regla, más que la suerte, la imaginación y el sentido común. Ernst Gellner especulaba que dos o tres analistas estructurales saldrían de cuartos cerrados con otros tantos análisis diferentes. Yo creo que, tomando en cuenta que los elementos narrativos pueden ser tanto funciones actanciales (es decir, sucesos), como etimologías o significados dispersos, y considerando que los límites del mito-objeto pueden acoger cualquier entidad más o menos culturalmente relacionada, las variantes de análisis posibles son virtualmente infinitas, sin que se puedan definir criterios para juzgar una mejor que la otra.

Ahora bien, lo más extraordinario del caso (y aquí nos limitaremos al tratamiento del mito de Edipo) es la "interpretación" de las relaciones sobre el cuadro de los paradigmas mitemáticos. Como si las arbitrariedades ya introducidas no fueran suficientes, Lévi-Strauss agrega otras más para fingir que el análisis arroja consecuencias adicionales a las de su discutible acomodamiento en una matriz.

Los incidentes agrupados en la primera columna, nos dice, conciernen a parientes consanguíneos cuya relaciones son "exageradas": estos parientes son objeto de un tratamiento más íntimo que el autorizado por las reglas sociales. Cadmo se opone a los dioses para reunirse con su hermana,

Edipo se casa con su madre y Antígona viola la ley para dar sepultura a su hermano. Estirando un poco la cosa, Lévi-Strauss define a la primera columna como caracterizada por la expresión de "relaciones de parentesco sobreestimadas". Luego observa que la segunda columna traduce la misma relación, pero con un signo inverso; y de inmediato la bautiza: "relaciones de parentesco subestimadas o desvalorizadas". Lo hace, a despecho de que no haya referencias de que en sus querellas intestinas los espartanos mataran a parientes consanguíneos, o de que el exterminio de parientes figurara entre los objetivos principales de sus luchas.

El esclarecimiento de las dos columnas siguientes es bastante más forzado, si cabe. La tercera se refiere a monstruos: "el dragón, monstruo ctónico que es preciso destruir para que los hombres puedan nacer de la tierra", y luego la esfinge que se esfuerza "mediante enigmas que se refieren también a la naturaleza del hombre, por arrebatar la existencia a sus víctimas humanas". La clausura viene dada por esta frase magistral, que culmina en una afirmación incomprensible a la luz de los elementos de juicio considerados, y en las que están más o menos las palabras que corresponden a la analítica anterior, pero acomodadas en relaciones semánticas que no se justifican:

"El segundo término reproduce [?] pues, el primero, que se refiere a la 'autoctonía del hombre'. Puesto que los dos monstruos son, en definitiva, vencidos por hombres, puede decirse que el rasgo común de la tercera columna consiste en la negación de la autoctonía del hombre". (p.195)

Sugiero cambiar la idea de la *autoctonía* (que propone la mediocre traducción de Eliseo Verón, revisada por Eduardo Menéndez) por la más correcta acepción de *ctonía*, es decir, la idea de que el hombre procede de la tierra. Si no lo hacemos, lo que dice Lévi-Strauss corre el riesgo de pasar por un puro jeroglífico. Aún así, será difícil encontrar asidero a la conclusión levistraussiana. Que se pueda considerar a Edipo, nacido de Layo y Yocasta, como "nacido de la tierra", otorgando a ese rasgo el valor de una articulación esencial es un exceso de interpretación mitológica, por más que su nombre quiera decir "pie hinchado", y por más que los pies hinchados impidan caminar.

Volviendo a la cita anterior, es evidente que Lévi-Strauss considera el efecto de conmutación de algunas negaciones mientras niega el de otras, o que se marea en su propio torbellino de afirmaciones y negaciones encadenadas: se diría que matar a un monstruo que impide a los hombres nacer de la tierra no niega la ctonía del hombre sino que más bien la afirma. Podría argumentarse que al ser ctónicos los monstruos mismos, al matarlos se está negando de alguna manera la ctonía. Pero ¿hasta dónde es legítimo llevar el límite de las posibilidades interpretativas?

En la cuarta columna, según Lévi-Strauss, se refieren etimologías que trasuntan que, en muchas mitologías, los hombres nacidos de la tierra sean representados como caminando con torpeza o incapaces de caminar. El rasgo común de la cuarta columna podría ser entonces, dice, "la persistencia de la autoctonía humana". Curiosa digresión: Cadmo, Yocasta, Antígona y Polinices también son nacidos de alguna manera, y sobre la etimología de sus nombres Lévi-Strauss no nos dice una sola palabra.

Pero es en este punto donde radica el núcleo de la interpretación. Si el mito de Edipo significa algo, según Lévi-Strauss, ese significado es "la imposibilidad en que se encuentra una sociedad que profesa creer en la ctonía del hombre de pasar de esta teoría al reconocimiento del hecho de que cada uno de nosotros ha nacido realmente de un hombre y de una mujer". Aunque esta dificultad es insuperable, el mito de Edipo ofrece una suerte de instrumento lógico que permite tender un puente entre un problema inicial (¿se nace de uno solo, o bien de dos?) y un "problema derivado" que se puede formular aproximadamente así: ¿lo mismo nace de lo mismo, o nace de lo otro?

Ofrezco una gratificación especial a quien suministre información que permita dar con el paradero del "puente lógico" proporcionado por el mito de Edipo, a quien nos diga qué beneficio conceptual, qué coartada existencial o qué consuelo estético aporta ese puente, o a quien identifique en qué momento del análisis surge la necesidad lógica o mitológica de plantear la segunda pregunta. Sea como fuere, Lévi-Strauss consigue sintetizar la estructura del mito en una relación también memorable por la oscuridad de su sentido y su total ausencia de motivación, como si se confiara que los lectores del país de los ciegos de la antropología viven eternamente distraídos:

"la sobrevaloración del parentesco de sangre es a la subvaloración del mismo, lo que el esfuerzo por escapar a la ctonía es a la imposibilidad de lograrlo" (p.197).

¡Este resulta ser el logro explicativo que nos dice por qué el mito de Edipo está estructurado como lo está! ¡Para lograr esto o cosas como estas se han escrito tantas páginas y se nos pide dilapidar tanto esfuerzo! Este cruzamiento de oposiciones binarias ofrecería material para escribir un libro sobre los recursos de la retórica estructuralista. En primer lugar, observemos que la "negación de la ctonía del hombre" se ha transformado en un esfuerzo para escapar de ella, mientras que la afirmación de la ctonía deriva en una imposibilidad de lograr hacerlo. La dimensión ontológica de los hechos relatados se confunde con el carácter lógico de las frases que los consignan. En segundo orden, Lévi-Strauss traza una correspondencia de este tipo:

$$\frac{\text{sobrevaloración del parentesco}}{\text{subvaloración del parentesco}} = \frac{\text{negación de la autoctonía}}{\text{afirmación de la autoctonía}}$$

Lo más plausible, quizá, hubiera sido postular la relación contraria. De todos modos, el carácter ctónico o no ctónico de personajes esenciales para autorizar esa relación (Yocasta, Antígona, Étíocles, Cadmo) ni siquiera es mencionado en el análisis, y la relación misma se establece sin ningún criterio para definir sus segundos numeradores o denominadores como tales, y sin dejar instrucciones de cómo, en lo sucesivo, los respectivos operandos han de cruzarse o permanecer en paralelo. No es suficiente que dos pares de términos "opuestos" existan en el mismo contexto para que puede estimarse entre esos pares una relación de proporcionalidad. Y no hay proporcionalidad, en absoluto, entre elementos situados en una continuum (estimación) y elementos conmutables (afirmación/negación).

Y en tercer lugar, lo que es más importante, en esa relación se sientan las bases de lo que habrán de ser las "oposiciones binarias" levistraussianas, en las que se imagina que todas las diferencias son iguales. Lévi-Strauss insinúa, en efecto, que una diferencia "digital" de signo (afirmación/negación) es equivalente o comparable a una diferencia "analógica" sobre un continuum (sobrevaloración/subestimación). Esta es la misma equivocación que le hace poner signos positivos y negativos a la caracterización de relaciones humanas que tienen un amplio rango de posibilidades, y que incluyen una zona extensa de ambigüedad.

Todas las diferencias son iguales, y lo mismo da lo que dicen textualmente las fuentes que lo que podamos conseguir por ahí. Una vez admitido esto, todo es posible. Bastará contar con un episodio que consista en diferencias cualesquiera (y no hay ninguno que no consista en ello), para poder tejer las correspondencias que se nos dé la gana. Podremos decir, luego de ese malabarismo, que hemos hallado su estructura.

Desearía que no se confunda esta crítica extendida e intensiva del modelo levi Straussiano con una obstinación para desacreditarlo a toda costa, con un espíritu de negación resentida o con un hiper-criticismo innecesario. Mi intención ha sido construir un modelo de crítica, centrado en las exigencias de consistencia interna y rigor metodológico. Es imprescindible juzgar así a todo modelo, si es que queremos ponerlo en funcionamiento, a riesgo de incurrir en las mismas falsedades si lo adoptamos como palabra santa. Se me objetará no introducir mecanismos de corrección, tendientes a obtener luego de aplicados un instrumento que funcione mejor. Pero cuando un método falla desde su raíz eso, por desgracia, no es posible. Si hay que desarrollar a toda costa un modelo estructural de análisis habrá que hacerlo sobre operaciones y conceptos totalmente redefinidos, y alrededor de reglas de juego más transparentes. Lo que surja de ese desarrollo no será un Lévi-Strauss enmendado, sino un proyecto independiente, que no arrastre ese precedente como lastre histórico.

Se ha criticado muchísimo la obra de Lévi-Strauss; él mismo se ha ocupado de algunas de las críticas, aunque no de las que afectan de plano a las operaciones metodológicas, para luego descartarlas. Analizar el juego entre las formulaciones originales, las críticas y los rechazos es, creo, un excelente ejercicio de metodología. Y aquí hay que decir que la mayoría de las críticas merecen descartarse. Se ha atacado a Lévi-Strauss, por ejemplo, por ser "idealista", o por analizar la realidad sólo parcialmente. Déjenme decir que esta crítica es inadecuada: cada quien es dueño de seleccionar para su tratamiento el objeto que se le antoja, y el objeto que resta no tiene por qué ser el conjunto del universo. Toda elaboración teórica debe necesariamente dejar fuera muchísimas más cosas de las que pueden tratarse.

También se ha objetado que Lévi-Strauss redefine a su manera los conceptos que utiliza, y esta también es una crítica defectuosa. Lo que interesa en la construcción de un modelo no es atenerse a una ortodoxia de definiciones, sino aplicar los conceptos de manera consecuente. Esto es lo que Lévi-Strauss no hace, pero no es esto lo que los críticos le objetan.

Una crítica que me parece excepcional es la de Terence Turner, de la Universidad de Chicago, quien no tiene nada que ver con Victor Turner, durante un tiempo profesor de la misma universidad. Turner responde a un artículo de Almeida, en el que se propone que un examen cuidadoso de las ideas matemáticas de transformación, invariancia, grupo, estructura y entropía puede servir para comprender la posición teórica de Lévi-Strauss y derivar de ella un análisis provechoso. Turner marca su desacuerdo: el uso vagamente metafórico de esas ideas está plagado desde el vamos por concepciones erróneas y contradicciones que nada tienen que ver con las propiedades matemáticas de esos conceptos.

"La síntesis teórica de Lévi-Strauss entre la lingüística y la matemática, creativa y brillante como indudablemente es, simplemente no funciona, a juzgar por sus propios criterios, cuando se aplica al análisis de fenómenos sociales y culturales. Es imposible señalar un solo ejemplo de análisis por parte de Lévi-Strauss de cualquier conjunto de datos sociales o culturales que satisfaga el criterio de su concepción 'matemática' grupal-teórica de estructura: la identificación de un conjunto finito de transformaciones que conserve algún aspecto invariante de las relaciones entre los términos que define a un conjunto como un todo integral. Esto no implica negar que su análisis abunde en ideas e intuiciones valiosas; lo que pretendo señalar es simplemente que el



sentido exacto del 'análisis estructural' que entrañan las ideas matemáticas que pretende aplicar no está entre ellas" (Turner 1990:564).<sup>10</sup>

Prosigue Turner diciendo que en lugar de considerar que el fracaso de los análisis estructurales para modelizar los datos puede sugerir que algo anda mal en los modelos, Lévi-Strauss intenta racionalizar la situación echando la culpa a los datos. El mismo ha debido señalar que los datos son intrínsecamente fragmentarios, decentrados, abiertos, siempre cambiantes, relativamente no estructurados, en suma, *bricolé*. A pesar de establecer que "la prueba del análisis se encuentra en la síntesis", Lévi-Strauss y los estructuralistas han debido enfrentarse al hecho de que la síntesis no ha podido materializarse tras cuarenta años de trabajo.

Para Lévi-Strauss, cualquier fenómeno cultural, sean mitos o sistemas de parentesco, se puede considerar como si representara una transformación singular de una estructura invariante y subyacente. El efecto principal de esta presunción ha sido que la "totalidad" correspondiente al "grupo" matemático de transformaciones siempre se desplaza: a grupos de "variantes" de un mito, al conjunto de todas las "estructuras elementales" de parentesco. Se ha probado imposible, sin embargo, definir esas metatotalidades hipotéticas con la precisión requerida para identificar las constricciones invariantes que delimitan el conjunto de transformaciones.

Lévi-Strauss nunca ha considerado la posibilidad de que las relaciones estructurales, en el sentido grupo-teorético (grupos de transformaciones, constricciones invariantes) se puedan identificar a nivel de la organización *interna* de conjuntos de mitos o de sistemas de parentesco. Esto es sobre todo evidente en sus especulaciones tardías sobre los mitos, donde el objeto al que se considera el *locus* de las constricciones invariantes es un conjunto indefinido de mitos de diferentes sociedades y épocas. Como muy bien subraya Turner, si se define la estructura en términos de una relación invariante entre una pluralidad de transformaciones, se vuelve paradójicamente imposible hablar de la estructura de una variante singular, por ejemplo, un mito o un solo sistema de parentesco. La estructura de las variantes sólo se podría localizar fuera de ellos, a nivel de las relaciones entre ellos. Esto tiene sus consecuencias: al desplazar el concepto de estructura fuera de cualquier construcción cultural concreta, la estructura se separa *por definición* de cualquier articulación con conciencias subjetivas, significados interpretativos, acciones y agregados sociales. Pero se ha probado imposible, una vez más, identificar cualquier base empírica para tales "grupos" supraculturales, o definirlos con la precisión formal requerida por la teoría.

Podría haber traído a colación otras críticas; hay miles, y algunas, como las de Gellner y Terence Turner, son más que aceptables. Pero la mayor parte de los arrebatos críticos son tan defectuosos, metodológicamente, como las secuencias lógicas del propio discurso de Lévi-Strauss. Aunque el análisis estructural de un sistema simbólico me parece un objetivo respetable, no encuentro aspectos de la analítica levistraussiana dignos de preservarse, más allá de la intención de construirlo. Por el contrario, las falacias recurrentes de Lévi-Strauss han adherido a la sustancia de un estructuralismo una costra de malentendidos que a la posteridad le costará trabajo erradicar.

---

<sup>10</sup> La crítica de Turner se asemeja, en algunos aspectos, a la que yo mismo formulara en "Seis Nuevas Razones Lógicas para Desconfiar de Lévi-Strauss". Lo mismo que yo, Turner insiste en cuestionar la analítica levistraussiana conforme a sus propios criterios; se trata, entonces, de una crítica interna, la única clase de crítica que podemos considerar válida y pertinente. Obviamente, yo no conocía el artículo de Turner cuando escribí las "Seis Razones" en 1986; las observaciones de Turner son de 1990, y en general coincido con ellas.